

ALBERTO NIN FRIAS

LA VIDA SUPERIOR

I.



ESTUDIO LITERARIO y

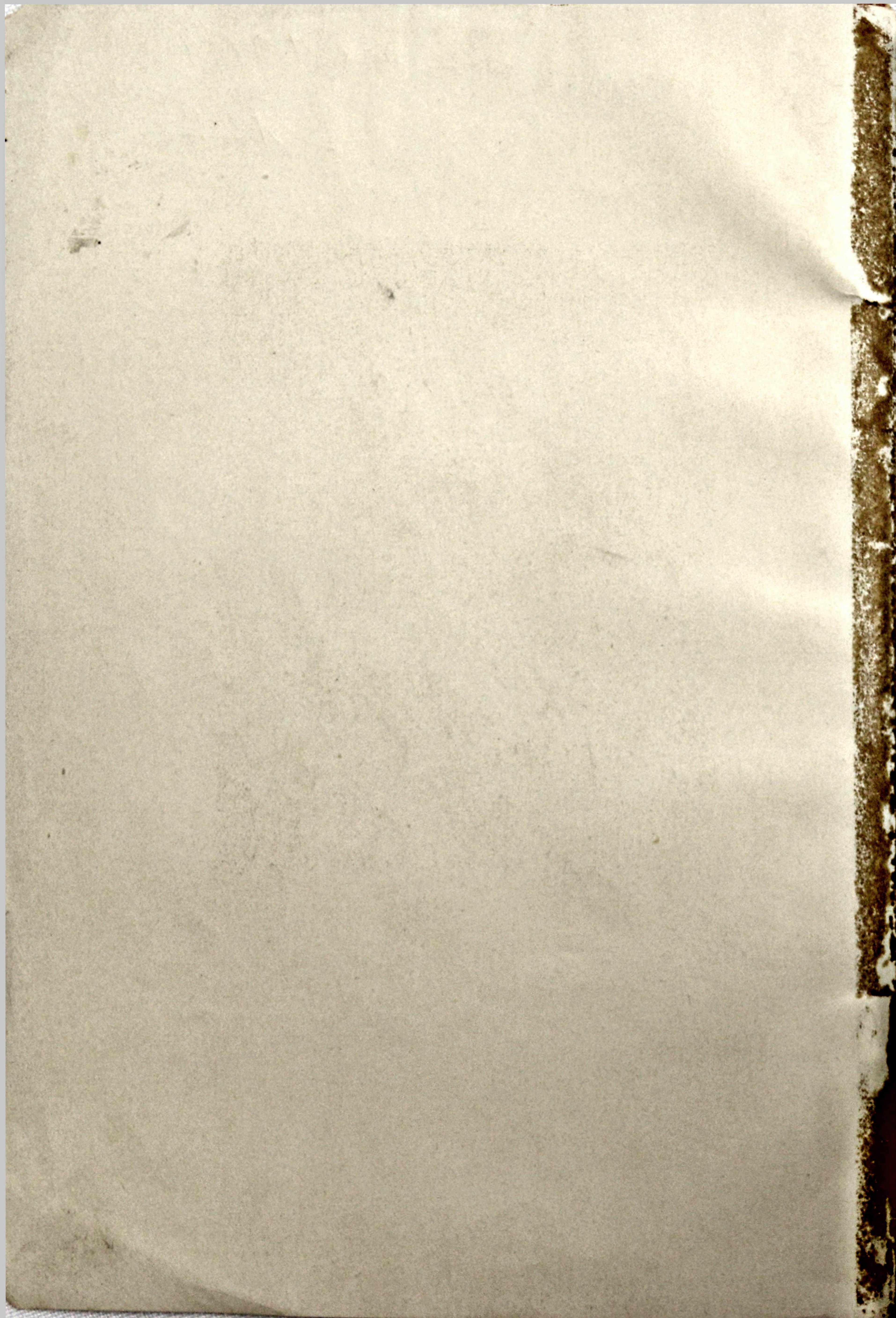
MORAL por ==

M. NUÑEZ REGUEIRO

«El escritor ha de ser un elegido ó no será. Todos los grandes y soberanos dones son comprados con inmensos sacrificios. Entre las cosas que sólo se alcanzan con dolor, sufrimiento y por una purificación espiritual, está el hacer nuestra vida, obra de sabiduría y suprema armonía. La vanidad debe desaparecer por entero; el exterior y los juicios del mundo no deben contarse para nada, mientras amemos apasionadamente nuestra alma y sus progresos».

Alberto Nin Frías.

Campana Azuore 1961
\$ 12.50





M. M. de Repêiro

LA VIDA SUPERIOR

I

Alberto Nin Frías

UN ESTUDIO

POR

MANUEL NUÑEZ REQUEIRO



C. 144.582

1910

Imp. ESCOLAR de M. Corrales Ruiz
ROSARIO

APL 8579. N55. 25. N9



Dos palabras á manera de prólogo

Señor Manuel Nuñez Regueiro

Mi estimado amigo:

....En su última obra prodiga Vd. las galas de su ingenio y las más selectas vibraciones de su alma. Ninguno podía encontrar más fiel interpretación de su obra y personalidad, pues hay muchas afinidades electivas entre la manera de ver las cosas y sentir la belleza, de Vd., y el sentimiento del arte del joven filósofo uruguayo. Y la simpatía, como Vd. sabe, es la condición fundamental del crítico de verdad. Precisa amar para comprender. Vd. ama á su talentoso compatriota como hombre y como artista, y amándole lo comprende hasta en las más tenues y sutiles peculiaridades de su alma.

DR. ARDOINO MARTINI

ALBERTO NIN FRÍAS, UN ESTUDIO

POR M. NUÑEZ REGUEIRO.

I.

En la sala de trabajo del escritor.—El lenguaje de las cosas que le rodean.—Algunas evocaciones clásicas.—Pinturas, grabados, bustos y retratos.—El arte inspirando una vida fecunda y útil.—El retrato del escritor.

«El arte tiene un objetivo que nunca debe olvidar el artista: el mejoramiento humano por lo bello, en delatar en el hombre el espíritu y el alma.»
Ensayo sobre los libros que he leído. Alberto Nin Frías.

Conozco muy de cerca la risueña salita donde mi joven amigo el escritor Alberto Nin Frías, forja en las sólidas fraguas de la Idea su acero de combatiente. Los dedos ebúrneos y sedosos de las Gracias han repartido allí, pétalos de indecible encanto, desde el volumen liliputiense de los armarios hasta las anforitas de porcelana y bronce repartidas entre bustos y retratos célebres. Alguien acostumbrado á beber de la cratera en que rebosa el zumo de las áticas concepciones, requeriría para su solaz que, la puerta breve que comunica al zaguán severo de la casa, tuviese una amplia avenida erizada de lotos que saliese á una Arcadia nemorosa, donde Aglao pudiese escanciar

en el vaso rugoso de sus austeras manos la linfa que descende libre y clara de la alta montaña de la Virtud; ó donde los felices bebedores de la ambrosía inmortal de Hipocrene, tañesen la péctide de las castas alegrías con el plectro de oro de la paz interior; ó Virgilio, envuelto en la clámide purpúrea del divino Teócrito, fuese en compañía del ruseñor de Venuso adorado por los peones de las granjas de Mecenas.

Algo allí se siente como el embriagador aroma del sahumerio evocatorio de los lujosos «parterres» del elegante Lúculo, donde los pensionistas griegos del «Palacio de los Libros», sonríen cavilosos ó sueñan envueltos en las ondas fantásticas del Ritmo—cual en *A Reverie* de Frank Dicksee—con las ténues vaporosidades de una Minerva imperatriz y protectora.

En tierno desposorio el Arte vigoriza ahí el perfil sugerente de sus nobles formas junto con la Idea honda y apacible que, en esa mansión del estudio, viste la gallarda lozanía de una juventud perenne que recrea—hasta la absorción mística de los éxtasis virginales y azules—á los ojos deseosos de asistir al mágico connubio de la belleza de afuera con la belleza de adentro.

Euterpe mira soñadora refulgir con brillazones de otra vida el sol de Atenas en la frente augusta y meditativa de Palas. Las más nobles concepciones intelectuales hechas un haz multicolor pero suave de rayos tibios y alegres, diluyen las emanaciones de su gracia íntima en ondas de un amor tan nectífero é insinuante que, convidándonos á departir del pan eucarístico de la mesa de Apolo, nos fuerza á ser buenos y sabios.

Tal como Alma Tadema ha pontificado en esa

morada del trabajo espiritual el esfuerzo de muchas bellezas en un cuadro de «La Primavera»—impecable como un lirio crecido sobre la tumba de Jesús—así el alma apetece vivir allí la «primavera»; la verdadera primavera del alma que es la virtud triunfante. Si una «Lectura de Homero» del mismo noble pintor, muestra las inclinaciones de Nin Frías por los estudios del helenismo clásico, un busto de Shakespeare entre dos medios cuerpos de Diana y Apolo, anuncia que la blonda cabeza de Albión tiene un profundo enamorado de sus rizos, que serena y razonablemente, aspira á que sus hermanos los latinos bañen las crenchas leoninas de inquietos y nerviosos cides en las aguas pacíficas del risueño Avon del «anglo-sajonismo»; no el mercenario y egoista sino el épico, moral é intelectual de Milton, Pope, Smiles, Macauley, Carlyle, J. Elliot, Dickens, Ruskin.

Diríase que aquella salita es un breve granero de las mieses del dios de Helicon. Cual si se asistiese á sus sagradas festividades, se bebe allí la miel dilecta de los libadores olímpicos que fluye del árbol de la belleza perdurable regado por las sonrisas de las Gracias que, sobre alfombras de nardos y jacintos, danzan en rumoroso concierto con los céfiros, y dicen con el oráculo de sus lábios coplas de idolátricos amores en el bosque Dafne de todas las poéticas teogonías. La adoración de Pan se hace más intensa frente á las mil deidades que bañan sus gráciles formas bajo el rocío que, en forma de savia elixírea, nutre y refresca los pámpanos de las vides inmortales que crecen en las laderas de la montaña del verde amazón del Arte y que, inmachitos, coronan las sienes gloriosas de los vencedores

En este silencioso del ideal en que las corrientes más caudalosas y apacibles del espíritu parece haber señalado el lazo fraterno de su confluencia, canteros lujosos de verbenas y mirtos desdoblan sus pétalos á las caricias del alado y sutil embajador del país del Ensueño. Las alegres Driades que en aljofainas de nácar sumergen el azabache de sus cabellos para empaparlos en el agua purificatoria y virjinal de los áureos surtidores de Juvencio, saltan gozosas como cabritillas para remozarse y provocar el canto sustraedor de las Sirenas. No es fácil cosa en ese ambiente de sumas melodías alejarse de la peligrosa playa y taparse, cual Ulises, con cera los oídos. La influencia divina del medio nos eleva para no dejarnos descender sino á los jardines de una vida que es sueño, de un sueño que es vida.

Arrebozados con el peplo blanco y celeste de la paz y la ventura ultraterrenas, espíritus incorpóreos pero visibles—aparente contradicción que no es tal—mueven las alas de sus sonrisas sobre las flores. Los genios vigorosos del Renacimiento ofrecen en copias fidedignas junto á los dioses de Homero moldeados en bronce y yeso, la incontestable grandeza de sus pinceles y buriles. Miguel Angel, Rafael, De Vinci tienen allí cada cual su monolito. Coloran aquella morada de tan augusto concurso de representantes de todas las culturas y de todos los orientes del espíritu, tintes de una cálida y piadosa armonía, ensueño é idealidad, en los que, desde el suave rosa de la rodonita y el pálido heliotropo de la lapidolite bruñen con vigorosidades de fuego olímpicas las formas semi-desnudas de genios, héroes y dioses de todos los linajes, embelesados en contemplar los atrevidos mi-

naretes de lápiz-lázuli y jaspe erguidos sobre los alcázares de oro de fantásticas Stambules.

Todo se mueve con indecible aleteo de mansedumbre, contento y paz. Cual las aguas de un lago de límpido topacio agitadas levemente por las alas de un albo cisne tritón y marinero, tal juega la mariposa del Ensueño en las ondas sonambulescas de tanto ritmo que vibra, tanta armonía que canta, tanta radiosidad que brilla; que retempla y sacude. El espíritu catador del néctar clásico recibe en presencia de esos diminutos grabados y mármoles, un pedazo de la soberana impresión que es susceptible de sentir entre las pompas del arte suntuoso escondido y conservado por aliento inmortal en la Galleria Uffizi ó en las magnificas salas del Palacio Pitti de la blanca Florencia de los Médicis. Allí se vive del recuerdo, de la evocación y del lenguaje profundo y silencioso de las ruinas. Un retrato de la Acrópolis solloza su pasada grandeza: otro del Partenón mutilado por el veneziiano Morozini y por Lord Elgin, execra con su faz arañada por el crimen la memoria del corsario y del ladrón irreverente de sus métopas. Un jóven atleta en posición épica de envainar la espada que ha salido triunfosa del combate, descansa sobre un breve plinto en cuya torneada gola se lee: «Post Pugnam». y algo más abajo, á manera de antiguo epigrama ático: «Después de la cosecha de los laureles el olivo renace más hermoso». Andrés Chenier, sonriente en presencia del patíbulo, siente alijerar sobre su mente el peso de las miserias humanas con el aleteo del águila de aquel «algo» que haría cimentar el edificio de su justa apoteosis. El hondo y hierático simbolismo de las siempre-vivas y del

óleo tirio que unge las estatuas inmortales, da allí la expresión cavilosa de las póstumas grandezas del hombre; y la casta sensitiva del alma observadora, émula del esplendor de un rayo de luna, se despereza si acaso duerme para sacudir á un beso de la brisa los estambres del entusiasmo y difundir en el ambiente el polen hipnótico del «arrorró» de la gracia.

Seducido por el invicto é irresistible conjunto de tantas cosas bellas y evocadoras, admiré también con sorpresa un retrato del guardián de esa torre. Hay un medio cuerpo que dice en el lenguaje de los pliegues del vestido y en las tersuras del rostro, discursos de sabia elocuencia. Una originalidad estudiada ha presidido el trabajo de la cámara oscura. El cuello echa negligentemente hacia los lados los dobleces de un blanco camión que, á manera de solapa, coronan el negro paño de un saco que se esfuma, se disipa en un capricho fotográfico que da la ilusión de ser á la vez clámide, toga, gabán y chaqueta: tal es la leve sutilidad del traje,—un vaporoso descuido de arte personal y delicado.

Una cabeza que sueña, ama y medita surge de la discreta noche de los tonos. El cuadro tiene una obscuridad clásicamente pensadora y una claridad que en lo afectuosa es radiante. Algo así como un modelado de fluorina que fosforece una vez insolado, en la tiniebla. Los graves y nobles pensamientos que sugiere al químico ó al mineralojista la fosforescencia de este cuerpo, sugiere la faz devota y blanca de Nin Frías al espíritu investigador y artista, en la penumbra de su retrato. La cabellera, recabando los mimos de las Ondinas, describe una curva sin entrantes terminada

en la hoz perfecta de un ancla que va á perderse á mitad de la oreja. La frente bruñida por suavidad lustrosa no conoce la huella: con la serenidad de un lago dormido y transparente apenas desborda un fugáz levantamiento,—donde las facultades pensadoras indican tener visible hospedaje—entre la leve neblina de un entrecejo poco celoso que divide el hilo casi recto de dos cejas firmes, semi-pobladas, denunciadoras de un carácter reflexivo y bonancible. Sus ojos más bien grandes y un tanto brillantes, chispean la dulzura y rara vez el enojo: son garridos; á veces inquietos; miran con amor, franquean todas las entradas del alma y corazón de su dueño; son un tanto vagamente románticos y soñadores; tienen la serenidad ingénua del angel, aunque á veces los cubra cierto misterioso tul de amable melancolía; inspiran confianza y parpadean con nerviosidad cuando el misticismo hiere la lente de sus pupilas ó cuando, discurriendo por los collados de la metafísica, hácese radiosos y voladores. La nariz más bien recta, ni fina ni gruesa, ofrece un corte agradable formando un ángulo agudo perfecto de no más de setenta grados; la barbilla un tanto elevada y graciosamente redondeada; los labios con alguna turgencia y el inferior levemente airoso. La columnata de un cuello ancho y vigoroso se escurre entre las mallas de la císnea camisola. Tal cual se muestra la sugerente suavidad del retrato, un pintor de vena espiritual invocaría al punto la figura místico-guerrera de Tolstoi, quién á su vez, no desdeñaría la evocación y aplaudiría sin estiramientos la veste poco densa y libre del joven escritor, aunque con ello pusiese

á disgusto el escorzo torturante y poco austero de la moda.

La manera íntima de su sér no se exterioriza en las líneas impecables de un Narciso ó de un Cleomenes. La gentilidad de su espíritu disculpa el desgabo de su cuerpo. Es un templo de sólida contextura, de granítica argamasa digno de ser morada de un dios, en el que no se alaban las perfecciones geométricas de la forma ni la graciosa disposición de las partes que dan la exhibición del armonioso moldeado de la concepción artística; sólo se loa lo que se adivina en la franca fisonomía de su rostro: la gran belleza, el profundo sentido de las cosas bellas á las que el artista del interior no sabe exornar con la vívida belleza de afuera.

II.

Una pintura de Leigh Hunt.—La juventud del joven de Nazaret.—
Equilibrio de las dos bellezas: el individuo alma y el individuo cuerpo.—El ideal que persigue este escritor.—La barata sabiduría de las encrucijadas.—El colirio sagrado de Siloé.

Si algo pudiera señalar los atributos de la deidad que apadrina sus aspiraciones y dirige el trabajo del lento transformismo moral, auspicioso de las dos higienes y las dos gimnasias,—la de adentro y la de afuera,—y que dulcemente lo incita y ayuda á perfeccionarse, es lo siguiente que ha puesto al pié de una feliz inspiración del pintor Leigh Hunt: *El joven Cristo en su taller*, y que ocupa, junto á un retrato de su amado maestro Taine, sitio afectuoso en la salita de sus espirituales labores: «Juventud.... mira al joven de Nazaret: está en el taller de José, su protector; la frente embellecida por un rayo de luz que ha ido á descansar allí, venido de lo infinito. Su cuerpo dice salud y los miembros gráciles de su persona presentan el hogar más hermoso, construído para alma alguna. Trabaja y piensa en las cosas del Padre.» Así es como este escritor, enamorado profundo de las cosas divinas de los Evangelios, gusta encaramarse sobre la inmaculada cumbre

del devoto Sión de la fé cristiana, para contemplar desde allí, en la fúlgida colina de la Transfiguración, la imágen eternamente risueña del Verbo que pronuncia al són de trompetas de oro los avatares de los destinos de la raza de Adám. De este modo es como Nin Frías, placiéndose en el grave ejercicio que demanda el cuidado de la ciudadela de la Virtud, viste la loriga de los davídicos atalayas para conservar intacto el equilibrio de las dos bellezas isomorfas: del individuo alma y del individuo cuerpo. Para expresar como él quiere que se realicen en cada uno de los hombres esas dos correspondencias, ha tomado de un pastor protestante las siguientes palabras que reparte, impresas en hojas sueltas, á cada uno de los que leen sus obras: «Juventud. No hay nada en el mundo más grande y noble que un joven vigoroso de cuerpo y de espíritu que se promete una vida larga y útil. Mirad tal joven; sus anchas espaldas, su vasto pecho, sus músculos llenos de fuerza, su frente, sus ojos inteligentes: en verdad es un hijo de Dios.» No es ésto una fórmula hueca sin vida para nuestro escritor. Sus virtuosas pragmáticas le resultan inviolables. Su constante afán de la vida elevada lo sustrae por entero de los subterfugios de las exhibiciones baratas de los tertulianos de todos los días, á las razones sin ergotismos de la vida sana, sencilla, frugal y laboriosa de los Cincinatos de los dulces retiros aireados, espaciosos y serenos. La calma le incita y le mueve á ser pío en la quietud como heróico en la fatiga.

Empeñosamente preocupado de los grandes intereses de la raza, busca, siguiendo el infinito surco de las abejas áticas para lograr beber el

néctar de sus panales,—y dirigiendo ansiosamente sus miradas hacia las colmenas del templo de Salomón y los frisos del alcázar de la ojos-verdes Minerva,—la piedra de Horeb de las pacíficas soluciones destinadas á suprimir el pérfido guarismo del cálculo pseudo-filosófico, y á dar la horizontal del nivelamiento entre la gigantesca montaña en que reposa el estrado de Jesús y la baja colina en que el hombre ha fundado los deleznales cimientos de su despótica y arrogante confianza de sí mismo. Elevar el hombre imperfecto á las sumas perfecciones del hombre Cristo, es el gran ideal que persigue el admirador tierno y entusiasta del joven carpintero de Nazaret.

El oropel de las cosas vanas no le seduce: busca con la perseverancia del alquimista que agota los recursos de su ciencia en los engañosos hornillos al calor de los cuales la piedra filosofal jamás aparece, un rumbo cierto y sin rugosidades que pueda conducirle á los mágicos portales de la ciudad de la Vida Superior. Y él piensa que, desvelarse en las largas noches de las hondas investigaciones de la ciencia histórica, es prometerse la solución del grande enigma que tiene divididas las opiniones de los que entre sí se disputan el honor de fijar al mundo la fórmula redentora de los grandes problemas sociales que lo agitan.

Ha penetrado todos los horizontes y el misterio de todas las brumas; ha roto la cadena de las prevenciones para reducirse á observar, comparar y deducir. Respetuoso de todos los credos, encuentra fascinadora poesía en el mochuelo de Palas Atenea como en el «ibis sagrado» de los egipcios, anuncia-

dor apacible de las nilicas y fecundantes inundaciones. Sabe que la ciencia es egoísta y escéptica en los umbrales de Sais y libre y nada devota en Corinto; pero como no apetece el padrinazgo de la tesura hierática, ni la excesiva desnudez de las liviandades, dirige la brújula de sus escrutadores mirajes hacia un norte único, insensible al engaño, en donde la aguja imanada de la fe religiosa no sufra la influencia desviadora de las auroras polares del realismo escarmentador de los sistemas doctrinarios irredentores. Es pues, un visionario que vive sondeando la niebla de la realidad. Mejor decir, su misticismo nace de un hecho histórico—incuestionablemente consumado—que ha tenido la virtud de hablar á la conciencia y al corazón del mundo en un lenguaje sin igual, amable y grandioso. Por eso, al mirar con ojos de idólatra las Panateneas del friso del Partenón y sentir que la onda del Alfeo que conduce á Olimpia tiene irresistible encanto para la nave traviesa de sus aventuras intelectuales, evoca con el reclamo sentido de las preces la cueva apocalíptica de Patmos donde, el día que no fenece, descubre la figura meditativa é iluminada por todos los iris de Juan el Teólogo. La fácil y barata sabiduría de las encrucijadas; la sapiencia hirsuta coronada de cardos que discurre en tono de eterna chanza en los pasillos y corredores de todas las enciclopedias; la que no osa salir de los títulos amontonados bajo el casquete de arcilla de los eruditos. «á la violeta», no encontrarán en el autor de los «Ensayos» la venenosa anilina que estigmatiza de negro execrable las frentes enjuiciadas en el tribunal del Saber.

Por temperamento y por convicción rechaza la loca vaguedad de la incoherencia. El aparato archi-

proteico que deslumbra á las mediocridades con las mil formas de las fantasmagorías fosforosas del disparate ladino y más ó menos perverso de la fácil manipulación de la química palabrera, Nin Frías, lo excluye de sí enteramente. Heleno de alma, y que, lo será toda la vida, confiesa no poder cambiar el colirio sagrado del estanque de Siloé, que dá la vista al ciego, por la linfa de la fuente Pirene que de la cima del Acrocorinto hizo brotar la planta atrevida del alado Pegaso.

III.

Recuerdos de una tarde.—Homero evocado en la súplica de Priamo á Aquiles.—Entusiasmos y sentimientos.—Cómo vive Nin Frías la vida de la belleza.—«La imitación exacta no es el fin del Arte».—La sugestión de lo bello.—Sanidad, alegría, juventud y belleza.—Sentir lo bello es amar.

Ahora acuden á mi mente en alas de la sonrisa las mariposas de plácidos é imborrables recuerdos. Hace algunos años me invitaba el noble amigo á recrearme con él en el salterio de las meditaciones y en la contemplación de los panoramas nacarados del espíritu, bajo la fragosa arboleda del Giot Park de Villa Colón, á breves pasos de Montevideo. Era una tarde suave como el suspiro perfumado de la desdeñosa Amarilis. Las torcaces entonaban en las copas de los laureles la tierna liturgia de sus salmos familiares. Véspero brillaba con luz que fuera para dos novios el hacha encendida cuyo resplandor incitara á pagar el jurado tributo á los sacrosantos misterios del amor. Las endebles rejas de la entretejida techumbre de las hojas, nos pusieron en descubierto la blanca desnudez de Selene que aun no se había bañado en el pálido oro de su luz nocturna. La memoria del cantor de las desgracias de Ulises vino de pronto á recordarnos el enorme cor-

tejo de las leyendas míticas. La «Iliada» y la «Odisea» despertaron con sus orféricos exámetros las alondras cobijadas en los nidos. Con acento tembloroso repetí la vieja rapsodia de algunos versos conmovedores. La súplica de Príamo á Aquiles para domar la dureza de su corazón y rescatar el sagrado cuerpo de su infortunado hijo Héctor:

De tu padre te acuerda, ilustre Aquiles.

.....
 enterneció á mi amigo tanto que, comprendí era prudente no repetir el discurso desgarrador del rey de Ilión. Yo no debí declamarlos sinó llorarlos, y pedí disculpa por ello. Instantes después, llevando nuestra inspiración á los bosques de Tarento para conversar amigablemente con Horacio, elegimos por asuntos de nuestras pláticas una hoja de oliva, luego un purpúreo jacinto sostenido por los labios de Psiquis; más tarde la encina agorera del Dodona nos invitó á meditar sobre el árbol, objeto devotísimo de los quereres de Nin Frías.

La naturaleza le enagenaba su voluntad para retenerla en sus dilatados jardines cautiva y esclava. Su entusiasmo por los atributos del pomposo dios que aletea en la vida de todas las bellezas ofrecidas á los ojos, fué no tan cálido cuanto profundo. Explicábame las invencibles perfecciones de Pan; el secreto de un rayo de luz que deja ver flotar la impalpable brizna; el susurro manso de los Céfiros adormidos por el beleño de las sugestivas suavidades; el estrépito del alud que resbala por las espaldas del monte; el agua inficionante de los ventisqueros que dá por síntesis fatídica la papera hidrópica del infeliz cretino; todo en un lenguaje si no poseído del encanto irresistible de la exquisitez poética de la forma, harto subyugado no obstante á

una sensación interior de alta belleza traslúcida que, se adivinaba al punto, la áurea cumbre de donde manaba el torrente inspirador de lo bello y sublime, — del que recibiera por dón celeste la delicada flor sensitiva que vive en su alma, sin que jamás se canse de dar su perfume y se agoste. Porque conviene advertir que en su persona como en su estilo, se realiza casi siempre aquella vieja fábula en que el escultor reverente de la divinidad buriló mayor número de perfecciones en las ocultas espaldas del dios que jamás las exigencias del rito descubrieran á los ojos, que en la presencia augusta y visible del mismo; porque, decía, á los dioses agrada más el culto de adentro. Sólo que aquí el zahorí escultor esquivó para la vista las delicadezas de su arte que revelara en oculto con toda intención obligado á seguir la pauta de un precepto que tuvo por irrecusable, mientras que Nin Frías sólo alcanza á vivir internamente la íntima vida de la belleza sin lograr hacerla vivir del todo del lado de afuera. Nos hace sugerir las más nobles concepciones de lo bello, pero no ha obtenido aún el dón de calificarlo con la glosa que interprete el colorido interno por el externo colorido. Sus ideas nos resultarán siempre de una belleza inefable, aunque no ocurra en él la facilidad de darles la veste incentiva y provocadora de las exquisiteces. Su alma que es en el fondo lírica y muy soñadora, concibe, con la sencillez difícil de lo sublime, cuadros de impecable maestría, que son regueros de luces y surcos abiertos á la semilla de la plegaria. Siente vivir lo bello muy fuertemente; pero sólo lo esboza y no lo *retrata*. Consintiendo con Taine en que «la imitación exacta no es el fin del Arte», se apresura á hacernos presentir todas sus bellezas, sin que logre por ello

dar á sus escritos aquella mágica inexactitud del pincel de los egregios estetas.

No quiere ésto decir que las perladas irisciones del plácido firmamento al que alumbra el alba perenne de su matutino espíritu, tenga la tenue claridad de las tintas simpáticas, y estén, como ellas, expuestas á la «vita brevis» de la reacción química reveladora del misterio. Lo que en él se nos supone «esbozos», tienen no obstante fijeza pura, perceptible é indeleble, aunque él no oponga á las livianas cortesánias de los almibarados de «biscuit» la sagacidad de la copia correcta. Bástenos en su apoyo decir, que al no tener el prisma que descomponga un rayo de blanca luz sobre la paja hipnótica de las fascinaciones literarias, posee en cambio la excelsa virtud de sugerirnos lo bello haciéndonoslo pensar.

Sanidad, alegría, juventud y belleza son los cuatro eslabones que, unidos, atan su corazón y aprisionan su mente. Si á la sombra del magnífico bosque que dormía el sueño de las baladas feudales, le hubiese preguntado: ¿Es usted más romano que griego?, á buen seguro me hubiera respondido: Oh! no: amo más la belleza divina del modelo que las imperfecciones de la copia. Yo como tal me lo imagino; y aún más, desde lejos lo evoco arrullado al ritmo de alguna ave parlara, sobre el blando diván de blancos nenúfares de Egipto, con la mirada interrogante fija en la azul serenidad de un cielo iveleidoso, aspirando el aroma espicanardi de una boca de hada que oculta le regalase el oído con enfáticos juramentos. Hágolo travieso y aventurero en una barcarola de marfil y ámbar remada por vírgenes de Tesalia y de Eubea, bebiendo con filosófica y grave sonrisa, el vino

de Lemnos de las crateras de los héroes intelectuales de Olimpia; ceñida la frente con el mirto sagrado de Venus para no embriagarse; en la mano un punzón de oro de Sifnos, para grabar sobre mármoles de Paros, la mágica impresión que en los jardines de su espíritu han dejado las zumbadoras é industriosas abejas de todas las fábulas. Su nave se dirigirá sin duda alguna á la ciudad de Minerva. Después, allí en la playa, las Gracias vestidas de tules transparentes, le contarán cómo una verdulera de Atenas llamó forastero á Teofrasto por carecer--aún conociendo tan perfectamente la lengua de la Atica--de aquel algo divino que era común en todos los atenienses. Luego, invocará á Helios, el Dios siempre joven, la llama eterna que siempre alumbra sin consumirse detrás del Partenón, para que le bese en la frente y con ese bautismo de fuego compre su alma. Tal graciosa gentil ingenuidad que el viejo cisne de Teos, amigo de las rosas y del vino, envidiara para asunto de una oda, hubiera sido la vívida expresión de lo que vibra, suena, crece y dá flores en su íntimo sér. Y esta plenitud de belleza ideal y moral, daría en sus labios la cábala sin artificio de este lema para él sagrado: «Sentir lo bello es amar».

No quiero pasar adelante sin detenerme á hacer un miraje retrospectivo que me ponga ante la evidencia de una vida que, como la suya, me sugiere pensamientos delicados.

IV.

Las exploraciones del espíritu. — Reflexiones sobre este asunto. — La tristeza de Teoclimeno y la gota serena de Milton. — Causas favorables que han contribuido á la formación intelectual de Nin Frias. — Sus viajes por Europa. — Inglaterra. — Las grandezas de la City. — El Museo Británico y las métopas del Partenón. — Su enamoramiento por la literatura y la civilización inglesas.

Arrebatado por la barca velera de mis investigaciones, he querido explicarme la razón que basamenta esta selección moral de vida superior, útil y fecunda. Sin ningún esfuerzo he llegado á saber algo más de lo que mi ambición pedía; por lo que una vez más he comprendido que, allí donde suponemos termina lo grande, se abre la ancha avenida que conduce á lo sublime. He deseado siempre arriesgarme á los peligros y dificultades de toda empresa cuyo abandono pudiera parecer inquietudes de gacela, remilgos de impura cortesana ó lógica consecuencia de la desidia, — esa parálisis de la voluntad que ahoga tantas esperanzas y troncha árboles del ingenio tan robustos. Las bellezas insabidas imploro á los Hados que las oculten, que me las hagan por lo menos sospechosas. La obtención de un concepto de belleza, la posesión de una verdad, me inducen á proseguir la ruta que alumbra la blanca

visión, vestida de oro y escarlata, de las intuiciones exploradoras del espíritu. El impoluto diamante que desgrana el secreto de todos los iris de la luz á mis ojos, me sugiere al punto la larga historia del carbono escondido en las entrañas de la tierra, y aún me advierte, que la dureza suele ir acompañada de la hermosura. No puedo evitar que por el proceso misterioso que en mi mente se elabora de la asociación de las ideas, empiece por meditar en la alúmina convertida en rubí en los hornillos de Moisés y termine por pensar gravemente ante la crisálida convertida en mariposa.

La vida es una deducción interminable de cosas y cosas; y, en el Arte como en la vida, la deducción es el ayo y mentor del recto juicio. Lo que es el «imperativo categórico» para el seco, frío y abstruso de Kant, es para el crítico la bella noción de la integridad; y el ser íntegro para mí supone el ser honrado, y no enunciar una verdad sin previamente atesorarla con celoso cuidado en el corazón y comprenderla, después de experimentarla por el fuego de la prueba, con toda lucidez en la mente; y supone además, no sacrificar á la esterilidad de una investigación perezosa, la grácil orquídea de los delicados primores que, como horticultor agradecido á la gentil dádiva de Flora, debo cuidar para que luzcan, y den á la brisa el ensueño que dibujan sus matices, y, á la vida, el consuelo que pregonan las grandes maravillas de las cosas pequeñas.

Si las moles colosales de la Esfinge y las Pirámides de Ghizeh, dejan entrever el carácter despótico de los manes que presidían en los jardines de Isis las libaciones lúbricas de los Ramseses, y nos habla de la misteriosa petrificación de ese pueblo abyecto, ¿no hemos de buscar en el mágico calado

del alféizar de los Boab liles la cálida impresión del amoroso beso abandonado allí por el cuitado abencerraje en las horas de luna de las zambras moriscas? Si las suntuosas escalas de las Propileas nos convidan á la serena armonía y la nobleza elegante de las cosas sencillas que, desde la Acrópolis, se miran retratar sobre las aguas azules del golfo Sarónico --en las que aún persiste el blanco é indeleble sello de la estela dejado allí por los mil trirremes cargados de oro de Orbelo y plata del Epiro que la civilización helénica arrastraba á despecho de la asiática, --es natural y lógico convenir que, todo elemento de juicio en favor de lo bello, abunda donde las fuentes de la inspiración brotan á impulsos de las más nobles, humanas y altas especulaciones de la vida.

Egipto sólo puede darnos momias, así como las chatas fortalezas del saber conventual de la Edad Media daban, con la imagen adusta y tétrica de sus sombríos muros de afuera, la estrechez de la rutina educacional de adentro. El arte irreprochable de las combas delicadas que sugieren el deseo de la vida, procede de otras latitudes más ardorosas, menos áridas y más alegres.

Los que defendidos por el palenque del filósofo de Stagira, continúan aún dominando con la mano diestra de un doctor Eck el corcel de todas las ligerezas ergotísticas de los inocentes tiempos de Santa Juliana y Tomás de Aquino, no podrán en nuestros días gozar del refrigerio delicioso de las termas del Arte puro, sencillo y sin oropeles, tal cual hoy lo concebimos y sentimos, desbrozado de los falsos emperifollos de los términos casuísticos de los loyolistas y de los baratos amaneramientos de las genuflexiones de espejo de los arlequines de caucho.

La higiene del buen humor es pan cotidiano de mi mesa. Las tempestades y amarguras de una vida pasada sobre las olas de un mar asaz agitado y cruento, me han hecho amable é inevitable la vía alfombrada de rosas de todos los nobles optimismos. Por sufrimiento y por cálculo he llegado á ello, como llega la sonrisa á los labios del piloto después de haber agriado su ceño en el combate con la tempestad. Por ésto, al inquirir con ojos que *oyen* y oídos que *ven* el compás que ha marcado la sonata de una joven vida, deseo por invencible hábito de las comparaciones, aprender á conocerme más conociendo á los otros, y deducir algo provechoso; por lo cual, es mi afán asegurarme si la girada fué suave ó tumultuosa, caprichosa ó áspera, sencilla ó difícil, etérea ó terrestre.

A mí que tanto me agrada el descompás de la sublime rareza de una rapsodia húngara, me está siempre bien decir con Sancho, en presencia de los «músicos perfectos», que «el miedo tiene muchos ojos». Mi espíritu ansía vigorizarse con la poco melosa lactancia de la realidad. He llegado á imaginármela dulce y tal, que me atrae con la invencible belleza de una hada amiga, cuyos ojos serenos y claros estuviesen siempre fijos en los míos y no me dejasen interrogar el secreto de otras estrellas que el de las que alumbran en sus dos celestes hemisferios. Y así como la luz zodiacal dá la sensación del misterio inefable de la eterna mañana y hermosura del rostro omnipresente de Dios, así ávido de sonrisas y meditaciones que me hagan amable la lápida de la tierra, -- por los ocultos senderos en que la Fe retoza sus alegrías cantando el espiritual epitalamio de sus nupcias con el alma del creyente,



— busco afanoso el rastro de la invisible antorcha que irradia tras el velo del enigma de todas las claridades. ¿Por qué si la tristeza de Teoclimeno lo hace «bello y semejante á un numen», y la gota serena de Milton le permite penetrar con la vista interior cosas ocultas á los demás ojos, no he de tener yo también la mía? Conténtome, no obstante, con emitir la onda misteriosa de una mirada que vaya á sacudir una parcela de lo infinito ó el corazón rendido de alguna blanca Elsa en el Danubio de las célicas alegorías. Lo uno bien vá por lo otro; y en esta conformidad de la sumisión humana delante del dictamen de la voluntad suprema, hay cierta estimulosa alegría que nos impele é explorar los arcanos desconocidos y á ser fuertes en la hora de la prueba en que nuestros ideales encuentran menos amigos que adversarios.

Si alguien me preguntase: ¿Piensas que hay en tu amigo algo que vale más que sus obras?; yo respondería señalando su vida por ejemplo. Por lo cua!, devotamente confieso, que las precedentes reflexiones tienen en relación á mi compatriota razón de existir. Y como nada en ésto veo al revés, entiendo que, á los Mecenas compete sólo dar el oro, y á los artistas, el corazón.

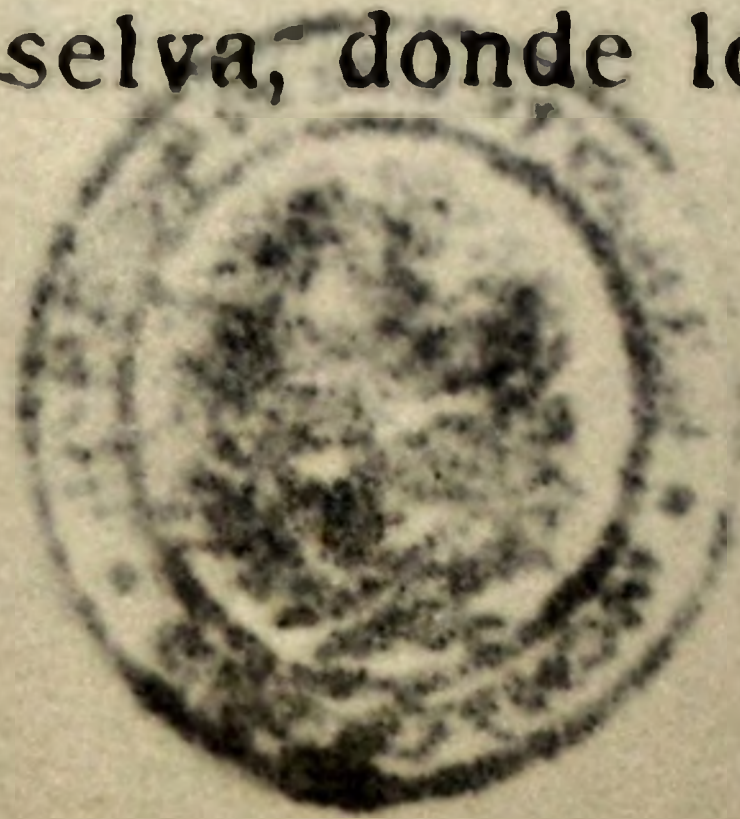
De cómo ha podido edificar Alberto Nin Frías la sólida ciudadela en que vive custodiado por los atalayas celosos de sus puros y graves pensamientos, y desde donde, la voz insinuante y serena del apóstol tiene ecos tan dulces que obligan á la bocina sonora de la Fama á pronunciar su nombre en los ámbitos intelectuales de ambos Olimpos de Europa y América, baste saber que los Hados que presidieron la ascendente carrera del novel escritor han sido risueñamente benignos al transportarle,



desde muy niño, á un Edén bien diferente de aquél en que había deslizado la vida traviesa de la primera infancia. Otros cantos, otras flores, otros climas, distinta naturaleza, hombres y costumbres, arte y poesía diferentes, debían ofrecer al joven visitante de los jardines alejandrinos de Hipatia la clara noción de otra vida, la realidad de un polo bien opuesto al que antes conociera. Al murmurio del divino Centauro de todos los rios, al Plata gigante, sucedió el ondeaje penseroso del Támesis, de aquel «Tamigi» que el bueno de Milton trocara gustoso por el «bello Arno» al solo precio de una cantilena de la valquírica Leonora. A los negros peñones de gneis pizarroso de sus queridas playas sustituyeron el suave «clay eocene» de la gran «Metrópolis del lujo», como Hugo apellidara á Londres, y las armiñales rocas de tiza de la albiónica Kent. A la belleza voluptuosa y gentil de nuestros bosques y praderías, los magníficos señores de negras polainas, ofrecieron por contraste la soberbia donosura y el poético encanto de sus parques llenos de faisanes, ortegas y corzos.

Imaginad que el tierno efebo ha sido traído de tierras remotas donde el taladro de los Cíclopes no ha cavado aun los hondos y maravillosos hipogeos de la industria humana en la roca viva de las colosales civilizaciones, y que, en el castillo de un feudal señor, viste ahora el traje gracioso de un paje. Su vista se encuentra delante de cosas á las que fácilmente admira sin explicárselas.

Todo se le aparece envuelto en la fina niebla de una casta ilusión que lo seduce y alegra. La corte del rey Arturo, junto con los paladines de Carlomagno, resucitan en el fondo agreste de una selva, donde los caballeros de la orden del Silen-



cio, danzan con robustas doncellas de Fontevrault el minué cadencioso y picaresco de las damas de Aragón. Extraños personajes invaden la espesura semi-dormida al arrorró blando y soporífero de invisibles castañuelas. Un heraldo vestido con el ropaje de un canciller de Oxford, abandona en sus manos de page simplecillo la luenga cola de sus faldones. Síguele, y embriagado su espíritu por el hálito vernal de una cándida tibieza de ensueño, cantando estrofas de Bertrand de Born en idioma lemosín, reaparecen á sus ojos las viejas fachadas de todos los castillos de los tiempos del conde de Potiers y Ricardo Corazón de León apiñados en una sola esplanada donde, los poetas del Gay Saber, ya no cantan á las bellas señoras del Mediodía de Francia ni á las prodigalidades exquisitas en las fantásticas cortes de amor, sino al Trabajo fecundo y fuerte y en el lenguaje de la verde Bretaña, representado en esas suntuosas fábricas del esfuerzo y el ingenio acumulados de los hombres que se llaman el Palacio de Buckingham, La Torre, la Catedral de San Pablo, el Castillo de Windsor y los puentes de Londres, de Blackfriars y Westminster. Imagináoslo, vestido á la usanza de los días de Pericles, con un tirso de luz en su mano izquierda que ha encendido en la lámpara que alumbra los vestíbulos del templo de Atenea, abriéndose paso con diogénica confianza de sí mismo por entre las tenebrosidades que se agitan en la noche espiritual de las almas ignaras, y, tañendo con silbo diestro y delicado, la zampoña del meditativo y soñador Wordsworth en presencia del «Westminster Bridge», ó en contemplando la abeja que lleva la fatiga de su vuelo más alto que los montes Furness.

Tal es, puede decirse, lo que ha sucedido con él cuando la primavera de sus nueve años daba por vez primera sus flores bajo el cielo humoso de la City, adonde por caprichosas aunque felices circunstancias de la suerte, había sido llevado en 1887 por acompañar á su familia y á su padre el doctor Alberto Nin que, con la diplomática investidura de Encargado de Negocios, había cambiado Montevideo por Londres para representar aquí dignamente á su país.

Allí era donde debía empezar el sajonizamiento intelectual y moral de su alma. Ambiente más propicio no pudo encontrar á sus afanes devotos. La Inglaterra de la poesía le atrajo tanto como la religiosa. En el Museo Británico junto al ladrillo babilónico y á los exhumados restos del paganismo egipcio, pudo admirar con feliz asombro las métopas del Partenón llamadas irónicamente «mármoles de Elgin». De este modo; ¿cómo le era dable evitar que el concurso de tanta maravilla y grandeza no pusiese á sus pies la lámpara drummondiana de Ruskin para señalarle seguro derrotero á tierras para él totalmente desconocidas? Sintiéndose capaz aun siendo niño de realizar lo bello y lo puro, ha buscado siempre con suprema ansiedad y sin poner fronteras á la fatiga, los veneros de los tesoros ocultos del arte y de la vida; pidiendo recónditas bellezas al suspiro de los céfiros que dicen cuentos á las hojas; á la onda inquieta que murmura fantásticas leyendas á los pescadores; al flujo y reflujo del mar en cuyos profundos bajíos escribe el hado misterioso de la muerte la tragedia de todos los naufragos; á la nube que sirve de velo al pudor del astro; á todo aquello, en fin, que en la naturaleza sugiere amor, el bien, la poesía, el afecto á la plegaria; luces y so-

nidos, dáctilos de oro que hagan de la vida un salmo y de la tierra un plácido ensueño, del que no se vuelva á la realidad sino para proseguir sonriendo y cantando.

Fué una sabia institutriz inglesa, refiere Nin Frías, «la que me inició en cuanto hoy amo como lo más digno de ser amado». Y por ésto, al recordarla con cariño, habla con íntima alegría de sus intimidades literarias con Edna Lyall cuyo *Dónovan* leyó con profundo regocijo.

Enamorado de la literatura y civilización inglesas, siente con fruición que el arte tiene allí, no obstante la impertinencia agriadora de las brumas, un noble objetivo, un fin útil y bello para la raza. «Es á la verdad, al deber, á la pasión por lo justo, á lo bello, sencillo y grande, dice él, á lo que hay que cantar». Fuerza es confesarlo que, en sus escritos y su vida, esta obsesión del bien aparece con una frecuencia asaz imperiosa para no ver en ella algo más hermoso que una sana voluntad y algo más divino que un vulgar talento.

V.

Vocación de Nin Frías por la literatura seria y reflexiva.—Renán, Ruskin como guías predilectos.—El alma armiñal de Leonardo de Vinci.—Taine artista y religioso como su maestro más amado.—«Hacia Cristo por el alma, lo bello y la ciencia».—Lo que significa ser protestante.—Como realiza «el ideal de la v'da superior».

Es «leyendo á Tennyson, á Sudermann, á Reclus, á Taine y á todos los literatos sinceros, como se llega á estimar en menos á toda literatura de palabrerías é inmoral». Y con este espíritu de clara y provechosa selección intelectual, Nin Frías nos induce con mano diestra y segura de mentor afectuoso, á buscar en la vasta escena de una vida moral superior, el arte lozano y sonriente, que en los fértiles campos del bien encuentra las flores con que vestirse, y el aire puro y libre saturado por el amor infinito de todas las almas buenas, en que agilmente se desenvuelve, agita y canta. Por eso quiere para sí, esa comprensión intensamente humana que de las cosas tiene el alma de ese artista y comentador de lo grande y lo divino que se llama Renán; pide con ansias de galán enamorado que aspira á beber del ánfora sagrada de la boca amada el beso de las intensas emociones, un poco de la manera devota y

enérgicamente robusta de ver, amar y sentir de Ruskin, y recoge, como galardón celeste que unos dedos blancos de hada amorosa y confidente de sus pesares y alegrías pusiera en sus manos,—la dádiva bendita de todas las ternuras y delicadezas del alma armiñal de Leonardo de Vinci que, en *La Resurrección de los Dioses*, el genio armonioso, sugestivo y evocador de Marejkowski pintó de mano maestra, con ese vigor, verdad y sencillez de expresión y colorido que semeja un fresco inmortal del Renacimiento traducido al iris combinatorio y vario de las palabras que, como los colores, dan á veces á la retina interior del espíritu, la belleza real y visible de la pictórica material del lienzo.

Pero sobre todos los demás apóstoles del bien y de la belleza, uno parece seducirle en grado tal, que constituye para el alma bonancible que flota en sus escritos, una obsesión constante, un irresistible amuleto de pertinaz atracción, filtro de amor tan poderoso y noble, que ha dejado brotar en su corazón rendido, la piadosa flor de la fidelidad invariable, cuyo cáliz de aromas perfuma los más recónditos aposentos de su alma. Es Taine, el Taine artista y pensador, el «Hércules filosófico», quien lo tiene hechizado: es con él con quien conversa á cada rato, cuyo espíritu como la imagen de una novia adorada, está siempre presente al suyo, para admirarle y venerarle con una dedicación de afectuosa amistad digna de ejemplo.

A él es á quien sigue como á estrella mimada por el ocular del cosmógrafo: y es por esto que, advierte que es tan sutilísimo su influjo sobre él, que lo deja bajo el profundo embeleso de una hipnosia de arte y filosofía tan plácidas, que fuérale grato no despertar nunca. ¿Supone esto una abdicación

intelectual? Nada de eso. Taine le subyuga y le acompaña incesantemente, no para transformarle en un plagio de su espíritu, de su pensamiento ó de su arte, ni vestirle con un retazo de su levita á manera de remiendo, sino que, familiariza con él en redor de una misma mesa, por cuanto ambos dos aunque vayan por diferentes rumbos siempre se encuentran: secretas afinidades de linaje intelectual los citan para que, bajo los parrales de una misma Arcadia, beban el vino de las mismas helénicas remembranzas.

Taine griego y admirador de la literatura inglesa, es su maestro bien amado. Le juzga con más serenidad de mente que de corazón. Solitario se siente en la Tebaida de sus reflexiones, y su dedicación á este ilustre numen se confirma en la devota ermita donde la unción de las preces mueve sus labios sin cesar. Adórale con la fervorosa emoción de admiración y placidez que el desleal Mahamud sintiera en oyendo los versos del contemplativo Firdusi, y como aquel á éste, puede á Taine dirigirse Nin Frías con estas hermosas palabras: «Tu poesía difunde sobre mi alcázar el esplendor del paraíso.» Porque para nuestro joven escritor todo lo que piensa, sueña y dice Enrique Hipólito Taine es encantador, bello, suave y poético como para Firdusi era el arroyo á cuyas orillas meditaba tan largas horas sobre las guerras de Zoak y Jeridum.

De que ha conseguido arrancarle algunas de las fórmulas que constituyen el secreto del cristalino, admirable y sustraedor estilo del autor de «La Literatura Inglesa» no cabe dudarlo, desde que tan comunes son sus afectos de arte y tan gemelos sus ideales acerca de los intereses del alma. ¿Cómo

no sentirse devotamente inclinado hacia un filósofo que le dice: «los únicos hombres sin religión son aquellos que no se ocupan de religión?». Por ésto, aludiendo á él observa, que «en cuestión religiosa ningún autor lo ha conmovido tan profundamente». Taine religioso le arrebatara á la par de Taine artista y mago. Ansiando depurar las creencias de los «prejuicios sociales», estima que con el sublime crítico de Byron y Goethe puede, yendo con célica serenidad en pos de la antorcha luminosa de las hondas investigaciones del espíritu, alcanzar á descubrir el venero en que la piedra filosofal aparezca, para darle el oro de una fé consoladora y perdurable.

Yo que lo he visto pagar férvido tributo de amor al *Deus Ignotus* que desde los santuarios de Atenas despertara los bridones de la elocuencia de San Pablo en la roca del Areópago, puedo aquilatar en su justo peso cual sea en su corazón y en su alma la raíz que sostiene vigoroso el árbol de la doctrina religiosa á que sigue. No es ni un misticismo ciego ni una fé liviana ó frívola. Es un cristianismo depurado de errores tradicionales, profundo, amplio, científico; quinta esencia de la moral más humana, más cerca de nuestras exigencias de espíritu y corazón; racional antes que fanático, amigo excelso de los intereses de la vida que nos haga entrever la muerte desde el punto de vista más heróico y optimista; síntesis desinteresada de todos los bellos sueños dispersos; mineral radioso hecho tesoro sin precio para el alma, en el que la escala de la dureza de todos los egoismos y todas las imperfecciones, no consiga dejar escrito el rastro tortuoso de la huella pecaminosa.

«Hacia Cristo por el alma, lo bello y la ciencia»

es el lema que ha esculpido en la égida que embraza la belicosa Minerva que en el tumulto de la lucha le anime y defiende. Y como quicra que él aspire llegar á Cristo por tan risueños senderos, — y es su propósito decidido que los demás hagan otro tanto, — no lo hace sin ciertas reservas.

Entendiendo que el «ideal de vida superior» no se realiza sino por ese solo camino, quiere con insistente afán que la humanidad logre andar por él, ya que los hombres no pueden ofrecer otro mejor, no obstante el enorme cortejo de todas las doctrinas más ó menos generosas, que el invento fecundo de sacerdotes, sabios, moralistas y filósofos ha dado hasta aquí al mundo: «¿Qué significa ser protestante?», se pregunta. «Un hombre serio, intérprete individual de la Biblia, de costumbres austeras, y perseverante en un ideal siempre presente al espíritu»; tal es lo que se responde. Y es precisamente ideales nobles y elevados que pide para la raza á que pertenece: ideales de alta conveniencia humana para el espíritu, y fundados sobre una dulce ley de amor, que transforme el tipo de la raza latina, en un tipo más vigoroso y potente, más grande, perfecto y austero; que irradie en torno suyo suaves emanaciones de una vida de fértil actividad intelectual y moral, de noble dedicación á todo lo bueno, lo bello y verdadero.

Tal así como él lo pide, realízalo en su vida. Yo puedo garantizarlo, por cuanto le conozco tan íntimamente, como es dable conocer á un amigo cuyos trabajos, distracciones y ocios se comparten en una misma era y bajo un mismo cielo. Si el santuario de las más bellas virtudes del espíritu pidiese en el Uruguay sacerdotes á su servicio, él podría con toda arrogancia pedir un puesto de honor

entre los primeros. Corazón como el suyo accesible á todo lo que tiene una cuerda que vibra en el harpa de las bondades, no conoce la tiesura del juez ni la inclemente indiferencia de los ánimos gastados ó envilecidos en las sumisiones abdicadoras de la integridad moral. En su exquisita ternura, en la substancia más afectiva de su íntimo sér, la misericordia sobrepuja á la justicia. Un concepto blando y apacible de la vida, lo hace bueno y amable; y es el suyo un temperamento acendrado en el crisol de las dulzuras emanadas de un alma divinamente sencilla, en la cual el bórax de las conmisericordias humanas ha desoxidado la parte áspera que todo corazón siente que le oprime, proveniente de los desengaños que, el hombre en el trá-fago de la existencia, da por dádiva al hombre; alma y mente, sentimiento y corazón tan robustos como intensamente generosos, que no han dado nunca la ecuación tristemente significativa de los amargos egotistas de la academia en que Nietzsche divaga en el «Crepúsculo de los Idolos», aplaudido por las manos untadas de pez negra de los sombríos apóstoles de la Quimera, apellidados Hartmann y Schopenhauer. De aquí que, aterrado ante las apóstrofes de las huecas y pseudofilosofías dirigidas á la civilización presente en nombre de la *animalidad instintiva* por los que niegan á Dios el derecho de existir en las conciencias, tenga para ellos frases conminatorias.

VI.

La sinceridad en el arte y en la vida.—«Por la ciencia se levantará vencedora la fé cristiana».—Cristo como dádiva de libertad para el mundo.—Cómo ama Nin Frías á su pátria.—El Uruguay y los intelectuales.—Librepensadores y religiosos.

Sinceridad en el arte, sinceridad en la vida, es la disciplina cuyos rigores dedica al perfeccionamiento de su alma. Quisiera que la humanidad se hiciese reflexiva para ser piadosa, y al aceptar como máxima de oro escrita en el frontispicio del severo templo de la Historia, que «los pueblos religiosos han sido los más grandes», llega á entrever la futura grandeza de las naciones, aseverando con gesto profético que «por la ciencia se levantará vencedora la fé cristiana». Y como satisface á su espíritu ver cuán cerca está la prosperidad de un pueblo de las excelsitudes que brinda la religión del Nazareno, pregona con ahinco el secreto que muestra «la alta y sublime concepción inglesa de la vida» cuyos heraldos más fervorosos pueden llamarse Ruskin, Spencer, Smiles, Lubbock, Kipling.

Conteste en admirar la religión de las grandes vidas, no duda que tanto como las de los santos y mártires cristianos, valen «para encaminar al ideal» las vidas fecundas de Comte, John Morley, Guyou,

Buckle, Littré, Jorge Elliot. «Una gran convicción afirmada sobre un gran amor», exclama ensimismado en la adoración del mago sublime de las bodas de Caná de Galilea. El advenimiento de una vida nueva sólo ha de venir de Aquel que en la nave de la Vida Eterna, trajo al mundo la noción clara y perfecta de la caridad. ¿Cómo, pues, le será posible escaparse de los lazos amorosos de las máximas sencillas de los Evangelios? Si la plenitud de la vida está en el amor, ¿en qué otra parte será preciso buscarla? ¿Han fijado los filósofos de las «nuevas ideas» la orientación que nos ponga al abrigo de los vientos adversos, cuya misión es hacer naufragar la endeble barquilla del alma? Piensa que Cristo es dádiva de vida y libertad para el mundo, y trabaja para que sea la plegaria cotidiana de las almas sinceras el himno que lo glorifique, magnificándolo con efusiva gratitud; plegaria que exprese el deseo de que suene pronto la hora en que su reinado espiritual se enseñoree de toda la tierra.

«Amo á mi país, dice, amando á sus grandes hombres»; y ésto que no pierde oportunidad en demostrarlo, equivale á una oda tirtéica cantada por un guerrero de Laconia descubierto reverentemente ante la tumba que lleva en su seno los restos piadosos de un Leonidas. Su patria, en efecto, á la que tanto quiere y honra, es para él también una religión. Convencido que hácela falta devoción en los ideales; que vive aún echada de bruces sobre la ensangrentada loza de los prejuicios partidarios; aherrojada en el cepo del charruismo hereditario de los odios; trabaja para que la paz garantida por la fuerza moral de los justos principios, inspire la acción laboriosa y fecunda de todos los orientales hermanados por una sola co-

riente de afectos y esperanzas. «Vivamos por el presente y trabajemos para mejorar el porvenir, única esperanza que resta de tantas desilusiones históricas y morales». Quien esto dice es un joven filósofo nacido en Montevideo, que ha vivido en Inglaterra once años; que ha viajado por Italia, Bélgica y Suiza, y ha conseguido dominar cabalmente los idiomas de Milton, Racine, Goethe y Cervantes. Conviene, pues, observar que ha pasado casi la mitad de su vida lejos de la patria, y ha podido por lo tanto, con toda serenidad y concentración, estudiar desde los umbrales de la casa ajena los desaciertos y adversa fortuna de la propia.

Que no ha perdido en vanas contiendas y aprendizajes el precioso tiempo que puso á su merced el hado propicio guiador de su juvenil edad en las playas extranjeras, pruébalo el valioso caudal de experiencia adquirida en lares tan contrarios á los del terruño nativo; verdadero tesoro de práctica sabiduría recogida en los canales sagrados que conducen el esquife inexperto del viajero americano, á las viejas pagodas de la eximia civilización europea. Así Nin Frías, al pisar de nuevo el país que era su patria, vió que la realidad era aún más cruenta que la que en las horas meditativas del destierro entreviera al través de la distancia. Una frase luego condensa su desencanto: «¡Qué solos se quedan en el Uruguay los intelectuales!» Y ésto que él no ignora que á tener América del Sud una Atenas ésta fuera sin duda alguna Montevideo. Pero hay algo más que nos falta y que en la Atenas legítima sobraba: la piedad religiosa inspirando la erección de los suntuosos templos del Arte y del Saber. Un pueblo como el de Pericles que desdeña la observación de Fidias que pide por

razones de economía que la hija de Júpiter sea esculpida en mármol, y ofrece para la ejecución de la estatua de la diosa abundancia de marfil y oro, trae consigo la más noble apoteosis del carácter nacional. ¿Qué importa que sea el Uruguay el país de Sud América más ilustrado, de estirpe más netamente helénica, la más bella posición geográfica del continente; país de envidiables riquezas, y que ha dado á luz una pléyade de escritores y poetas que la honran y hacen olvidar á menudo los buenos tiempos del clasicismo de oro de Grecia y Roma; que posea condiciones de civismo y vigor intelectual excepcionales, si aún los chicuelos reciben por legado y emblema de honor de sus padres el espíritu de bandería, y al salir de las escuelas hacen guerrillas en las calles por ser «blancos» los unos y «colorados» los otros?

Ahí, pues, va explicada la soledad intelectual de que se queja Nin Frías. La ofuscación partidaria como la religiosa ciega despiadadamente los ojos. Toda intolerancia es peligrosa, y en vez de redimir al espíritu contra el cual se pronuncia, sólo alcanza á condenarlo, para no dejarle ni el derecho de arrepentirse y pedir perdón. Unos acaban por desconocer á los otros cuando no los concitan las mismas pasiones. El enemigo político crea al adversario intelectual, y el espíritu de familia jamás se establece. Una actitud preconcebida y disolvente sólo engendra la antipatía; y sobre esta grosera ley no se edifican sino delezna- bles grandezas. De ahí que sucede en el Uruguay con blancos y colorados, lo que se repite á diario entre *libre pensadores* y religiosos.

Adviértase que los primeros son por lo general aquellos que, rechazando todo dogma, dogmatizan;

que predicando la libertad de pensamiento, condenan con sarcástico desdén á los que no piensan ni sienten como ellos; y que, invocando para defender las travesuras de su plástico ingenio de masilla y las excelencias de su convencionalísimo carácter los más delicados atributos de la ciencia, nunca la estudian, ni conocen para nada la noche fatigosa de sus hondos secretos. Y como el ser religioso significa para ellos no *pensar libremente*, de ahí ese inconcebible divorcio que los separa; por cuanto los libre-pensadores al rito moderno, entienden que no se puede ir á la religión por el libre examen; cuando precisamente sucede lo contrario; pues sólo la poca ciencia, la ciencia superficial y de relumbrón, puede negar á la conciencia el derecho de responderse á sí misma, de las múltiples preguntas que la asaltan, y al alma humana, la inquietud que la mueve por ir en pos de la verdad, de lo ideal y de lo puro. Esos ictosaurios de la omnisapiencia de *á vintén*, hallarán en Nin Frías religioso y protestante, admirador entusiasta de la Biblia y la Civilización anglo-sajona, motivos no pocos para calificarle de inarmónico, alicaído y atrasado. Se detendrán en el análisis de su estilo: estudiarán en él el origen y valor de los vocablos, el ornato pobre ó rico de la frase; la armonía de la dicción; la simetría geométrica de la cláusula, todo lo que á los sentidos halaga y seduce; toda suerte de musicalización literaria, ora suave, sonora ó rotunda, que agrade al oído, aunque nada substancial lleve al entendimiento ó nutra la mente; y al encontrarse, con que Nin Frías no musicaliza para el oído sino para el alma, no educa los sentidos sino el corazón y quiere para todos ideales elevados, mucha virtud, piedad y amor, pronunciarán la palabra

hiriente y discontentadiza; porque este intelectual no les cuadra; porque sus armonías no son las suyas, y sus consejos son demasiado buenos y espirituales para hacerlos prácticos en una vida breve y angustiosa, donde la virtud viste chaqueta y zuecos miserables, y el crimen vence, canta, ríe, se divierte, y lleva levita y zapatos á la última moda.

Es á no dudarlo ésto una bella posición que en el campo de la lucha le satisface y le honra. No es posible evitar que algunas sepias intenten enturbiar el agua clara en que se baña diariamente la piadosa conciencia de quien se alimenta con el pan eucarístico de la Vida Eterna, y cuyo mayor placer consiste en haber logrado el secreto que dona al espíritu, esa paz y serenidad que, en la vida interior, significa la obtención de una fé robusta y perenne en un alto y sonriente ideal justipreciador de lo bueno y lo justo, evocador de toda actitud desinteresada y noble puesta al servicio de toda causa heroica y dignificante en provecho de las elevadas conveniencias de la humana especie; ideal noble y austero, cuya aspiración no ha de ser otra que el de un acrecentamiento incesante de la vida espiritual, sin menoscabo de la vida física, evitando, en lo posible, la grosera materialización de todo ensueño de bondad y belleza. Tal este joven escribe y lo hace; y por ello, su acendrada vida llena de virtudes, y sus escritos, han hecho más en favor de la patria en el extranjero, que la vida y obra de tantos vanales parlanchines que rumian los gratuitos dicterios de la sátira farisaica en las Agoras familiares presididas por el orgiástico y sangriento Mritiyú.

VII.

La labor del escritor.—Opiniones de Unamuno y de Rodó.—¿Cómo lograría ser el Uruguay la Grecia Americana del Sud?—Cristo el péndulo regulador de un alma ideal y armónica.—Los libros que ha publicado.—Motivos que justifican el elogio que á sus obras dedico.—«Elevaos y elevad á los demás».—El estilo y el espíritu de los escritos de Nin Frías.—Sus caracteres esenciales.

Su labor de escritor por lo virtuosa y sesuda, es algo más que una simple promesa: estamos ya en presencia de una hermosa realidad que justamente provoca nuestra simpatía y aplauso. Esto mismo confirma el ilustre comentador del *Quijote*, señor Miguel de Unamuno, que con tanto interés y tan de cerca nos sigue con su penetrante vista en nuestro desenvolvimiento intelectual. No sólo sus palabras «le suenan á voz que echaba muy de menos por estos pagos», sino que sorpréndese con regocijo de ver en él uno de los americanos que sin caer en el literatismo tan común de nuestros literatos, «es uno de los que mejor juzga á España y mejor sabe censurarla, uno de los que hablan con más tiento y conocimiento de causa de su espíritu y literatura».

Place ver que en medio de la atroz indiferen-

cia que en materia religiosa existe en el Uruguay, espíritu tan bien orientado como ese Febo luminoso de la crítica, el más bello, sereno y seductor artista de América, el más griego entre los griegos de la prosa, que nada tiene que envidiar á los más ilustres pensadores y estilistas del Viejo Mundo, y cuya obra hablará á los siglos venideros con el mismo vigor y elocuencia que hoy lo hace, José Enrique Rodó, tenga para él palabras tan preciosas y verdaderas como las siguientes: «Este cristiano sabe el modo de sacrificar, sin inconsecuencias en el altar de las Gracias. Tiene un hondo sentido moral y religioso, y tiene además un claro sentido de lo bello. Su interpretación y comprensión del cristianismo es amplia, delicada y profunda, y no excluye un vivo y justo sentimiento del espíritu clásico. Estoy seguro del aprecio que tengo por su talento; de lo mucho que me complacen y animan su entusiasmo, no vano, sino equilibrado y consciente; la tendencia reflexiva y severa de su espíritu; su dedicación; el temple de su naturaleza intelectual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores». Y es, precisamente, por encontrar en Nin Frías este «temple de naturaleza intelectual, sana y fuerte», porque veo con agrado el modo con que sacrifica en «el altar de las Gracias»; porque miro en «la tendencia reflexiva y severa de su espíritu», algo muy digno de darlo á conocer, no obstante lo humilde de mi voz que acaso suene para muchos, como el plañido seco de una campana rota hecha de un metal extraño.

Véolo siempre tan suelto de corazón para aliviar la dolencia de un afligido, como ávido de dar á conocer lo que se elabora allí dentro de su

mente, donde hay aromas de todos los verjeles y parpadeos de estrellas de todos los Olimpos. Antes de empezar á escribir estos ligeros artículos que con tanta decisión amistosa le dedico, tuve el placer de decirle: amigo mío, cuanto más estudio sus obras tanto más simpática é interesante se me hace su personalidad: conque, puedo asegurarle que tal es así, que me desvivo por demostrárselo prácticamente. Esta práctica demostración no era otra que la que ahora realizo, cumpliendo con ello tres deberes que me satisfacen sobremanera: el de admirar lo bueno dándolo á conocer; el de poner en manifiesto que su doctrina alta y generosa es digna de su vida; y el de sufragar el voto más sentido y hondo de mi alma, para que la hermosa patria que nos es común y á la que con el mismo entusiasmo y la misma fé en su grandioso porvenir amamos, llegue á escuchar su voz de apóstol con el mismo interés y provecho que yo la escucho.

Mucho necesita el Uruguay de sus virtuosas cualidades y del caudal espléndido de sus luces. No es una cosa aventurada afirmar que con muchos intelectuales de sus excepcionales condiciones, tan bello país lograría ser en hora no tarde la Grecia Americana del Sud y señora gentil del Plata, como lo fué aquella del Mediterráneo. Nada podría entonces aminorar nuestro empuje y señorío la grandeza y el lujo de los persas invasores. El día que el Uruguay honre debidamente á sus pensadores, sabios y artistas,—únicos que pueden elevar y glorificar perennemente la patria en que han nacido; la Grecia vive solamente por ellos,—entonces será llegada la hora en que Minerva tendrá su templo entre los orientales. Una vez que el sol

pueda salir «del lado del Partenón» nuestro, el látigo que castiga con saña y soberbia el Helesponto de las rivalidades, no podrá azotarnos en la cara, porque nuestra faz ha de ser sagrada y nos la protegerá la égida de la sabia diosa contra los ataques de los ídolos groseros. Esta aristocracia del talento y la virtud con que sueño, nos resarcirá de tantas ofensas recibidas, y hará que nos elevemos adonde no hemos llegado, por gastar demasiado tiempo y energías en peleas y juguetes infantiles.

Hoy que la virtud y el carácter son mirados por muchos como preocupaciones de fanáticos y tontos, y en que el heroísmo y esfuerzo que supone todo noble parto intelectual, suelen provocar pérfidas envidias ó sonrisas irónicas de fatuo desprecio, es menester estar amasado en bronce y no tener sopladuras, para resistir sin detrimento el choque de la arremetida perversa de los hidrófobos de la impotencia moral é intelectual.

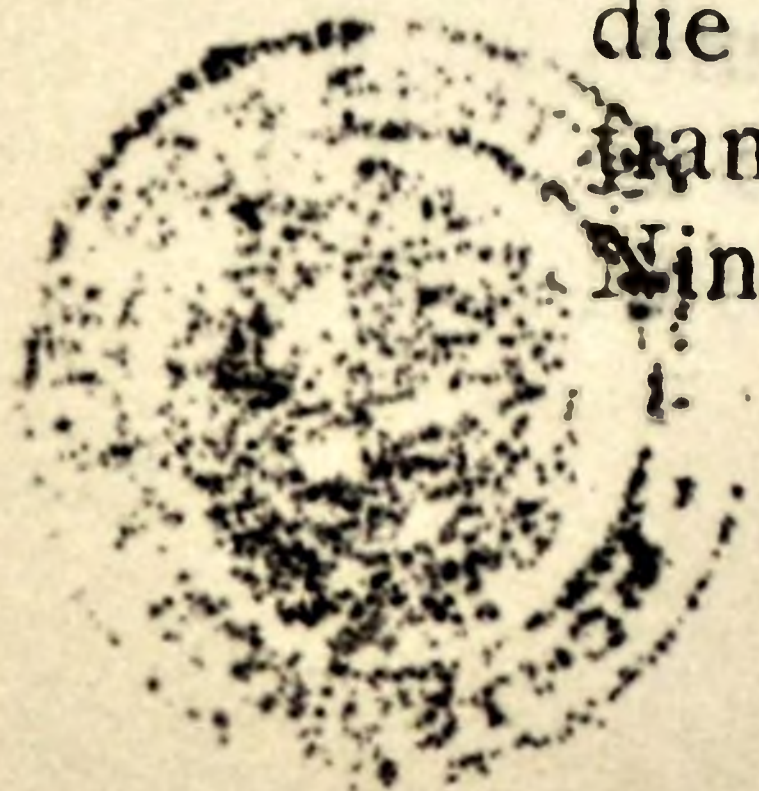
A la manera que el labriego besa con gratitud en la hora de la segada el fruto abundante de su fatiga, tal es lo que él ha hecho. Ha trabajado mucho, empeñosamente, para bendecir con el casto beso de su alado espíritu las doradas espigas de las primeras cosechas.

Es verdad que ha tenido días sombríos de amarga incertidumbre, bien que la desesperación nunca logró ser consejera de su alma. Días destemplados de negras borrascas; noches sin estrellas y ateridas en que la escarcha amenazó destruir la semilla de los primeros ensayos; horas de soledad y desaliento en que las Euménides de la indiferencia se prometieron torturarle; pero la plegaria fué el secreto de su costancia y paciencia y la fé viva en el Cristo el

péndulo regulador del isocronismo de su alma ideal y armónica. No diré que al haber vencido sobre tales enemigos, haya «vencido» totalmente en el campo de la lucha. Esa palabra es indigna en los labios de un escritor. Hay que batallar siempre; hay que aspirar cada día lo mejor; la obra completa no acaba nunca; en la ciencia y en el arte no se vence jamás; no se llega donde se quisiera, porque los horizontes del genio son tan infinitos como las quimeras de los locos. Esto lo asiente Nin Frías, porque él como todos los que verdaderamente valen, no se satisfacen de sí mismos. Aunque ésto á veces puede ser una desgracia como lo hubiera sido para el Arte si Augusto accediese al ruego de Virgilio, es no obstante preferible á lo contrario; porque lo primero nos mueve á ser más trabajadores y perfectos, y lo último, abre la sima de la estúpida arrogancia del egotismo que nos detiene en el primer paso de la difícil carrera.

Pero que la relatividad del triunfo alcanzado es considerable cuanto justo, cabe decirlo. En efecto, ¿no ha podido hacer él lo que muchos escritores no lograrían en sus años? No es que el mérito estribe en haber escrito mucho para su edad: lo que me admira en él es la bondad del producto obtenido á fuerza de estudios y desvelos incesantes y de labor noblemente arriesgada cuanto novedosa para nuestro medio intelectual americano en que «la broza del decadentismo», como observa Unamuno, es asaz significativa de la morvosidad de muchos cerebros.

Tengo para mí que el carácter personalísimo de su obra es único en ambas orillas del Plata. Nadie ha ido más adelante que él en punto á moral cristiana reducida á sus propios y legítimos términos. Ninguno ha avanzado más en cuanto á hacernos



amable ese anglo-sajonismo sobrio y regulador que equilibrado con lo substancial de la cepa española de nuestro linaje, nos haga aptos para buscar con toda diligencia la civilización superior que aún carecemos. A él más que á otro débesele la divulgación del sentido religioso como asunto de preocupación intelectual, y la filosofía suave, austera y tranquila de Taine como objeto altísimo de estudio.

De sus obras las que tengo á la vista son las siguientes: *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*; *Nuevos ensayos de crítica*; *Estudios Religiosos*; *Andrea Sordello*; fragmentos de *El Arbol* publicados en *El Atalaya*, y artículos diversos. No todo está aquí, pues conozco cosas sueltas de su pluma que valen oro puro, amén de un drama en cuatro actos titulado *Psiquis*, que en una tarde de paraíso tuvo á bien leerme en el «Giot Park» de Villa Colón.

Como que en las cosas que la retina del espíritu percibe, agrádame más el análisis cualitativo que el cuantitativo, y encontrándolo aquel respecto á la obra literaria y filosófica de Nin Frías, notablemente interesante y digno de aprecio en los resultados, quiero por ésto que, los elementos de belleza que descubro, — pues tienen para mí el encanto irresistible del hechizo poético, — sean tales que pueda ver en ellos no sólo yo sino todos los demás, la auspiciosa ley del decálogo moral é intelectual cuyo cumplimiento nos dé la norma de conducta que nos rescate de este desierto árido y pedregoso de desolación é indiferencia enervadoras en que vivimos, para llevarnos á la Canaán de los altos y edificantes goces del corazón y el alma colectivos; tierra de Promisión sonriente y fructífera regada por las benéficas corrientes de todos los ideales generosos, en que cre-

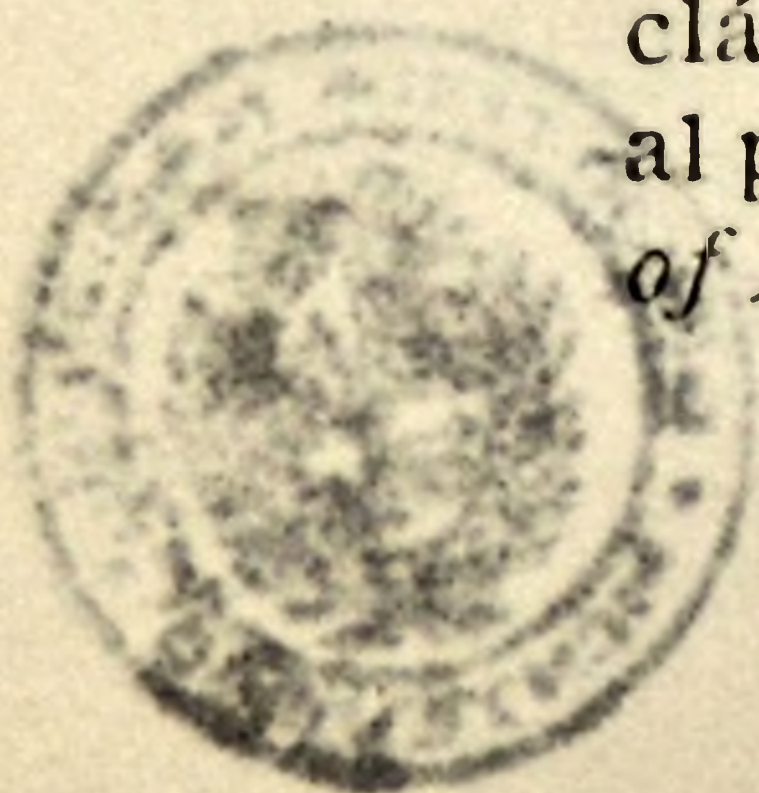


can el árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia, bajo cuya sombra se cobijen todos los linages del espíritu en una sola línea de afectividades y un solo vínculo de amor.

Cuando Nin Frías fué designado por la juventud evangélica del Uruguay para dirigir la hoja periódica titulada *El Atalaya*, hizo grabar en grandes letras al frente de este valiente defensor de la causa de la Reforma, la siguiente bella máxima: «Elevaos y elevad á los demás». Podéis comprender que sobre estos cimientos no se hace difícil edificar una nacionalidad nueva para los orientales; si en vez de destruïrnos y predicar el desaliento como es de práctica en nuestro país, nos fortificamos y alentamos elevándonos los unos á los otros. Esta misma manera de pensar suave y humanamente deliciosa, campea en todos sus escritos. Y es éste el lado irresistible que para mí los hace tan seductores.

Veamos de qué modo él quiere prodigarnos los sabrosos frutos de sus largos estudios y cavilaciones luminosas. Abrevemos por un instante nuestra sed en esa fuente de lo infinito que le inunda sin ahogarle. Digamos cómo la alondra bendice el saludo del alba, y simplicemos con el lenguaje sencillo de su boca. ¿Veis? Es un libro salido á luz cuando la edad temprana de veintitrés años le hizo ver algunas nubes bajo el cielo de las cosas que hablan al alma en el lenguaje cancionero de las currucas.

«Ensayos de Crítica é Historia». Alguien tal vez creería que el joven autor va á presentarnos la obra clásica, lapidaria é interesante de un Macaulay, y, al par de ensayos en prosa, nos dará algunos *Lays of Ancient Rome*. Nada de esto último; tal vez mucho



de lo primero. En verdad Nin Frías no conoce el secreto del verso; en castellano, por lo menos, no versifica. Ignoro si puede hacerlo en otra lengua. No ha pasado por el rigorismo retórico de la escuadra de los metros. No tiene mayor interés en distinguir la cantidad del ritmo, la ondulosa curva del acento, la generosa dádiva de la diéresis y la regla egoísta de la aféresis y la apócope. Cuando él eslabona ideas, entonces agrada darnos para deleite de nuestros espíritus, sinaletas sencillas y dobles que armonicen en legítimo y radioso connubio de felicidad, con el ansia suprema que nos devora de vivir la aurora brillante de las íntimas y espirituales placideces. Os diré desde ya que no me place buscar en él, con el afán poco austero de un crítico descontentadizo, cualquiera de las rugosas líneas que haga palidecer á la luz de la estrella quintaesenciada de la lumbre retórica, la á veces impaqueta magestad de su estilo. Rehuye el arrebol de las frases cortesanas, para beber sin inquietudes parnasistas, el vino natural de las vidas olímpicas sin artificiales carmines que lo coloren.

No quiere decir ésto que su alma rechace como frívola bagatela ó preocupación baladí de ociosos, la melodía del verso de la prosa; porque hay prosa que es verso puro y sublime, como hay verso que es prosa endeble y contrahecha. El apasionamiento exagerado de la hipérbole no le dicta la dulzura adónica de otros ritmos que el de los brotados al soplo inspirador de las evangélicas virtudes. Si hiperboliza en la cadencia temerosa de un virginal estilo, lo hace presa de la sugestión del bien. No me livianizo con las llamadas flaquezas de la inseguridad literaria, al observar en él que no acierta siempre á precisar

la voz del epíteto que sirva de poético ornato á la idea; que desluzca un tanto el esplendor de la lengua con la presencia de algún barbarismo de exótica vestidura; que la armonía de la cláusula no siempre encuentra en él la musicalización de las rítmicas combinaciones. Esto que lejos estoy de calificar de «inconsecuencias literarias», no hace menos valiosos los matices en que la fina donosura de sus pensamientos se ven envueltos. Porque su voz no es vago balbuceo de una inteligencia exhausta de vigores, sino la potente manifestación de robusta vida moral que trasmutada á la forma impecable del mármol mítico de Fidias, podría simbolizar la gigantesca figura de Teseo, Júpiter Olímpico ó Bellerofonte.

No es mi ánimo detenerme en un análisis minucioso y por separado, á que bien se hacen acreedores los diversos escritos de nuestro simpático autor. Ya he dicho que todos ellos tienen la hermosa facultad de sugerir cosas bellas y hondas. Sus estudios equivalen á consejos, y sus máximas á soluciones claras y precisas de difíciles problemas morales, sociales é intelectuales. En algunos de aquellos nótase el inquieto mariposeo de la abeja que aún no ha elegido el jardín selecto adonde ha de ir á libar el cáliz de las flores. Sin embargo, su clarovidencia metafísica no es susceptible de dejarse obscurecer por la sombra de las fluctuaciones claudicantes. La sed de ahogarse en la realidad ignota de lo infinito, lo abrasa. No es menos grande y exigente su hambre de la ciencia. La modalidad de su estilo trasunta la laboriosa exploración de su alma indagadora y la severa placidez de sus preocupaciones religiosas. No siempre la vara de su apacible crítica mide con exactitud el ángulo

facial de los opuestos criterios. Carece de la vibrante entonación de la sátira vehemente que impresion, desfigura ó apasiona.

Todo lo que no tienda á la plenitud del amor, lo aleja de sí. Le gusta abismarse demasiado entre los largos puntos suspensivos de las admiraciones, para llevar á sus labios el rayo de la imprecación ó la dureza de la apóstrofe. El «Quousque tandem abutere, Catilina», no ha de salir jamás de su boca con la ex-abrupta impetuosidad que saliera de los labios del noble y elocuente defensor de Arquías y Deyotaro.

Su talento apoyado por una erudición tan frondosa como selecta, no denuncia la indigencia del propio criterio de esa prole parásita de sabios trashumantes que no saben concebir ni soñar sin tener alas prestadas. Su individualismo literario y filosófico no dobla la cerviz de la íntima señoranza en las cortes de los Césares. En la amargura del destierro osaría cantar las plañideras «Tristias» de sus quebrantos; pero nunca su acento llevaría el verso robusto, sentimental y melodioso de la adulación desde el Ponto Euxino á las cámaras perfumadas de Augusto. Su tendencia instintiva es la seriedad reflexiva y sana. La nota jocosa ó pendenciera no agriará su ceño, aún cuando la gratuitad del sarcasmo quisiera á ello incitarle. Sin acritud ni mordacidad, sin el venablo punzante y desgarrador de los Aretinos, no le es fácil cosa vestir la loriga de los desmenuzadores del siglo XX.

VIII.

Que cada hombre sea un templo en que more la Divinidad.—
«Ensayo sobre la muerte».— Maria Eugenia Vaz Ferreira—
La primera poetisa de América.— Wagner y su música.— La
«Sociedad Cervantes».— «El Arbol».— «Sordello Andrea» y
el *super-hombre* del futuro.— Consideraciones á este res-
pecto.— «El arte americano está enfermo; necesidad de sa-
nearlo.— «Psiquis».

A haber vivido en los días de Omar sus libros hubieran sido pasto de la hoguera, porque «no todo para él está en el Korán ni en la Biblia». Hacer de las bellezas de la religión cosas amables y no odiosas, he ahí lo que quiere. Sutilizar tanto que se haga de la misma razón un objeto despreciable para los hombres y sólo bueno para los cándidos y los niños, eso es lo que no desea. Las exterioridades del rito, las mecánicas oraciones de la liturgia no se avienen con sus prácticas religiosas. Que cada hombre sea un templo en que more la Divinidad, es con la iglesia universal que sueña. Como crítico, jamás lograría poner en equilibrio su amplia y humanísima concepción de las cosas con la severa y estricta acometividad de Brunetiére ó de Boileau. Verdad es que no tiene la sagacidad analítica y la irónica perspicacia del pro-

fundo é ingenioso Larra, y dariasele gran pesar si, la mesurada objeción de su sereno criterio se confundiese con la acética y retórica de los manes espirituales de la celda en que, Antonio de Valbue-
na, teje la malla de sus intolerantes críticas.

El desdoble de su querer está más en la medi-
tación reposada filosófica, que en la percepción del
lado satírico de la obra literaria. Cuando se es-
fuerza en desenvolver la seda acariciadora y sua-
ve de sus talentos sobre las mesas enmanteladas
de crisantemos en el jardín de las Gracias, hácelo
más sugestiva y artísticamente si, en vez de dis-
currir sobre críticas literarias ó dramáticas, sigue
la ruta de su vocación legítima explayado su es-
píritu en las orillas del mar interminable de la
ciencia, la filosofía y la religión. Así, su estudio
sobre la «Muerte», tiene para mí más honda con-
moción y más fino encanto, y sugiéreme mucho
más, que su crítica elogiosa á los versos de María
Eugenia Vaz Ferreira; esta mujer genial que es
«más artista que mujer» y cuyo nombre basta para
honrar al país donde ha nacido. La primera poe-
tisa de América, en mi sentir, no ha sido com-
prendida ni explicada sino muy á medias, no obs-
tante la nota de alabanza y la no despreciable
cuanto hermosa erudición que sus admirables
poesías le provocan. La íntima manera personal
de esta soberana diosa del Olimpo del Arte, no ha
tenido una interpretación cabalmente fiel en la cri-
tica de Nin Frías. Todo es muy bello lo que nos
dice; pero es demasiado fragoso y multicolor para
que en selva tan espesa no perdamos de vista á
la divina neurótica del verso.

En lo que hace á mi gusto y tendencias, ámo-
lo mucho más cuando la severidad reflexiva de

su espíritu penetra las bellezas del cristianismo ó de la «Civilización y vida inglesas», que cuando, en prosa tersa y no exenta de elegancia y sencilla, recomiéndame la lectura de los «Cien mejores libros», que para mí no son todos los que prefiero ni son los cien que elegiría. Sus «Pensamientos» me han sonado á música clásica y profunda de Bach. Han tenido la bondad irresistible é hipnótica de hacerme soñar bajo el palio de la Ilusión y de la Vida, muy ledamente. El arado de su vigoroso talento ha trazado allí hondos surcos. En ellos nos dice que la música de Wagner es su amiga selecta que le hace «sentir y pensar». Yo que he podido verle á menudo conversar beata y espiritualmente con el «armonium», bien puedo valorar esta suerte de preferencias: lo que para otro resulta incomprendible, barullero y torpe, para él en este caso, tiene la atracción de lo grande, lo divino y lo sublime.

El ensayo sobre una «Sociedad para propagar la cultura y la lengua española» es muy hermoso y digno de tenerse en cuenta, aunque su ardiente deseo de fundar la «Sociedad Cervantes» tal como lo quiere, es más ideal que practicable entre nosotros, dada la adusta frivolidad que por ahora nos caracteriza para esa clase de bellas realizaciones del espíritu. No obstante, su deseo de dedicar al autor del *Quijote*, los americanos del habla española, el culto que en Inglaterra y Alemania reciben Shakespeare y Goethe, es tan sabio é insistente el afán con que lo predica, que basta para su elogio. No quiero pasar en silencio «El Árbol», libro dedicado á la niñez, pero en el que pequeños y grandes encontrarán sabias enseñanzas y admirables bellezas. En él muestra de manera tan

discreta como encomiable, cuanto puede en él la influencia científica y literaria de Eliseo Reclus, á quien en cierto modo lo imita. Este casto y sentido amor á la naturaleza que ha dado su poeta más profundo, soñador y exquisito en el espiritual autor de «El Soneto». Wordsworth, explica por qué ama á éste tanto, y sigue con igual apasionamiento é interés, la silueta sonriente, plácida y evocadora de Dimitri Merejkowski. Su opúsculo de «La Vida del estudiante y la moral» tiene la importancia del mismo asunto que trata, que á tener odores reflexivos y fieles, habría corazones más esforzados y generosos, y voluntades más heroicas. La historia que narra es tan conmovedora como sencilla y llena de evangélica doctrina. El joven Guillermo Mc. Laughlin pagó con su vida el cumplimiento de aquella máxima de Julio Simón: «la ciencia del deber es la ciencia del sacrificio»; un alto ejemplo de virtud moral que Samuel Smiles gustoso habría tomado para ilustrar uno de sus áureos capítulos morales.

Con la devota preocupación de quien busca en las altas especulaciones del espíritu, horizontes luminosos y serenos en que el astro que anuncia una nueva era de grandeza y de gloria para la raza aparezca, Nin Frias, con la sinceridad, ardor y fé de un apóstol, el alma sensitiva é indagadora del artista, y la mente noble y austera del pensador, concibió y escribió *Sordello Andrea*; como si en esa obra hubiera hallado cuanto de más bello, dulce y divino apetecía encontrar en la ruta atrevida de la imaginación creadora, su alma eternamente sedienta de todo lo hermoso y de todo lo grande. Allí puso entera su alma; entero su corazón; enteros sus temores, ansias y sobresaltos de la vida; en-

tera la sonrisa jovial, franca é inocente de su niñez; entera la ingenua mirada del ángel custodio de sus virginales ensueños, que en la vela de la noche, lo cubre con el celeste abrigo de sus alas. Es un memorial escrito con la tinta de los más recónditos afectos y las ternezas más deliciosas, enviado por un corazón terrestre á una criatura seráfica: es el libro en que el armiño de un alma audaz y soñadora, ha dejado impresa la nivea estela de un viaje largo, muy largo, al través de los espacios infinitos del pensamiento; viaje interminable de un viador con alma de profeta, que se siente peregrino en la tierra donde mora, y que lleva adentro de su mente, la visión apocalíptica de una Patmos sagrada, cuya dulce realidad ha de ser conquista del hombre venidero.

Nin Frías ha hecho de *Sordello Andrea* su *Hortus deliciarum*. Allí ha señalado con estilo sencillo y vigoroso, la senda de los nobles «victoriosos» de la vida. Surge en esa obra,—que es la novela íntima de un espíritu candoroso y fuerte que ama el cielo de la bondad y la belleza — un temperamento de exquisita sensibilidad, herido por el choque de la civilización incompleta en cuyo medio está, muy á su pesar, condenado á vivir. Es el símbolo del sud-americano educado á la europea, que tiene nostalgias de algo superior tardío aún en llegar. Leyendo sus páginas, diríase, que ha querido poner en ese libro el alma visionaria del precursor que proclama la venida del *super-hombre* del porvenir, del hombre religioso, del creyente en Cristo, vencedor del mundo. Allí ha sembrado, como en tierra propicia, las dulzuras de la fé, y la rebelión de la mente contra tanta vulgaridad que ofende las

ágiles alas del espíritu que escala las cumbres de lo ideal y lo divino, y tanto materialismo que degrada y afea la vida, privándola de los goces excelsos de las virtudes morales. «Nuestra sociedad, dice él, carece de vida interior; desconoce lo sublime de la intuición, lo rico de la sinfonía interna». Y más adelante, agrega: «La materialidad de la sociedad moderna, su tendencia á substituir lo bello por lo útil, su anhelo funesto de nivelación social forman la trilogía contra la cual se abate su alma (habla del alma de Lionel ó sea *Sordello Andrea*) cuyas raíces se pierden en Grecia y el Renacimiento». «Hacer amable la vida por el ejemplo, el esplendor del pensamiento, la fuerza positiva de la fé y el encanto poderoso de la bondad, dice él mismo en el prólogo de su libro, resume la filosofía de *Sordello Andrea*».

Invariablemente, Nin Frías tiene fija su mirada en «un cielo nuevo y una tierra nueva», como Juan el Teólogo, el visionario austero de la Revelación, la tenía fija en la Canaán Celeste. Y es fuerza reconocer en él un heróico propagandista de ese arte sano y fuerte, hecho de estudio, de penetración, de vida intelectual intensa, que aún no poseemos; arte de pensamiento, de sentimiento y de razón que busque la savia con que ha de alimentarse, en el fecundo laboratorio de las ideas, y rechace toda vana palabrería, toda superficialidad, huyendo del conglomerado insubstancial de las palabras que nada dicen, que nada enseñan. Es de los que trabajan en el silencio, en el retiro, en la meditación solitaria frente á la riente perspectiva de la ciudad en que moran los sabios, los grandes artistas, los grandes maestros. No va á estudiar la ciencia en las enciclopedias, en los dic-

cionarios, ni menos en el *bar*, en el hipódromo, en el club, en los saraos, en las vigiliass nocturnas de la vida social agitada y deprimente. Su arte pide ideas; quiere luz y espacio; vastos horizontes donde la vista interior pueda dilatarse en las sugestivas y evocadoras claridades del alba de la Vida alegre y robusta; quiere observación, quiere lucha, y, si es preciso, dolor y desvelo, angustia y llanto. Ve con gran pena que nuestro arte americano está enfermo, y, por ello, busca con el celo afanoso de un labriego infatigable, la manera más propicia para hacer que arraigue y fructifique el árbol de la Sanidad, cuya sombra bendita nos cobije y ampare purificando con sus hojas el aire malsano que respiramos, que nos envuelve, que nos asfixia, si tal podemos llamar á esa carencia de oxígeno intelectual y moral que padecemos.

Por ésto, *Sordello Andrea* más que la novela de una vida, es la elocuente finalidad que persigue el espíritu del pensador y el artista, corriendo en pos de una luz remota, pero real, aunque todavía invisible, y que, siguiendo la órbita que le trazó el destino de las cosas, viene ya avanzando hácia nosotros, para ser un día tal vez no lejano, el sol central de nuestro sistema planetario moral; astro de gloria y de paz que fecundará en lo venidero —pues tal lo predica este cosmógrafo de los divinos panoramas de la Virtud y la Belleza— á la simiente que, los ideales del amor á todo lo excelso, han arrojado en el surco tortuoso de las Edades. Y á no dudarlo, esa será la santa cosecha del *super-hombre* del futuro. Esa será la redención que espera á la raza, librándola de todas las servidumbres; de la Hidra de Lerna del vicio que hoy la acaricia para devorarla; de esta tigre de

Hircania llamada crueldad y egoismo presentes, en cuyas ubres turgentes y llenas de pecado, buscan hoy su venal sustento la conciencia irreligiosa, el corazón metalizado y el arte enfermizo de ese ejército innúmero que batalla por nutrir á la civilización actual sólo con el pan que alimenta el cuerpo, negándole la fecunda comida del alma.

Al enseñarnos que quiere el triunfo de Ariel sobre Calibán, el éxito de lo noble y bueno sobre lo impuro y lo pravoso, concibió también *Psiquis*. No es en realidad un drama: carece de esa vida emotiva fuerte é intensa, de esa lucha y encuentro de las pasiones que constituyen la manera íntima y esencial de éste; es mejor decir, una comedia en cuatro actos, en donde seguramente no vence Nin Frias como comediógrafo ni dramaturgo, pues no parece ser esa la verdadera tendencia de su espíritu, ó por lo menos, la que mejor le cuadre, pero es, sí, un hermoso exponente de una actividad intelectual sana y bien dirigida que analiza, compara, comprende, discute y enseña. En *Psiquis* se estudia la juventud altamente intelectual, en la lucha con la brutalidad de padres burgueses que ven en el intelecto un peligro, una finalidad contraria á todo progreso material, á todo éxito lisonjero y real de la vida; vale decir: el interés mercenario en pugna con las generosas especulaciones del espíritu; el amor de lo útil sobrepuesto al amor de lo bello; las conveniencias groseras del dinero imperando sobre las altas conveniencias morales; la bolsa de oro sustituyendo al corazón y á la mente; el cálculo frío del mostrador del comerciante anteponiéndose á los legítimos arrebatos de un amor sano, de una mente que piensa, que sueña, que medita, y capaz de toda belleza, de toda virtud, de todo bien.

IX.

Las cuestiones religiosas en el Uruguay.— La defensa que Rodó y Nin Frias hacen de «la tradición cristiana y del ideal cristiano».— Los *Estudios Religiosos* de Nin Frías.— «Jesús el más bello de los hombres».— «El día que la juventud le ame y le comprenda será el más bello día de la vida».— Un juicio de Harnack.— Catolicismo romano y protestantismo.— Objeciones que hago á Nin Frias acerca de ésto.— El catolicismo de Roma no interpreta los altos y esenciales intereses del cristianismo evangélico.— Algunas palabras de Unamuno.— El Cristo del Evangelio no es el Cristo del *Syllabus*.— Discusión sobre este asunto.— Pio X y la enciclica en honor de Carlos Borromeo.— Consecuencias á que ha dado lugar.— La política liberal del Sr. Canalejas.— Se sigue á Cristo ó se sigue al Papa.

No cabe duda. Son muy pocos los que en América del Sud, y, especialmente, en el Uruguay, se atreven á tratar valientemente y con altura las cuestiones religiosas; muy pocos lo quieren para sí el honor de usar de esta valentía que asegura para quien la posee, un grado de cultura intelectual y moral y una sinceridad de juicio dignos de toda alabanza; porque eso más que otra cosa indica no estar esclavizado á las conveniencias depresivas del momento presente, que, siendo como son de suyo egoístas, sensuales y metalizadoras, piden abyectos servidores y ningún espíritu verdaderamente superior y libre.

Por ésto, es con íntima, con inmensa fruición que transcribo algunas oportunas palabras que son para las actuales circunstancias de interés para todos. Quien las pronuncia es José Enrique Rodó, espíritu sincero que sabe sentir y pensar hondo lo mismo en arte que en religión. «Y he aquí que ha llegado la ocasión de que luchemos juntos, (dice á Nin Frías) porque esta es la hora en que me ha tocado asumir, contra ciertas tendencias, la defensa de la tradición cristiana y del ideal cristiano, á pesar del paganismo de mi imaginación y de mi gusto artístico». Y bien, yo ahora agregó: quiero yo pertenecer á ese escaso número; también deseo difundir con valor y calor en America, el pensamiento cristiano, cuéstemé lo que me cueste, convencido de que es el mayor bien que puedo pedir para la raza latina joven y viril de este hemisferio, y que el Uruguay mi patria, mucho lo necesita, y su espíritu vigor y carácter serán más fuertes, cuanto más sólido sea el fundamento del «ideal cristiano» sobre que se edifique su grandeza futura.

En sus *Estudios Religiosos*, Nin Frías ha dejado ver con claridad sensible y sustraedora, en qué consiste para él el fervoroso culto de su vida entregada al servicio del ideal cristiano. «Yo creo á Jesús el más bello de los hombres», nos dice. Y esta belleza que él descubre en el dulce orador de la montaña, le hace exclamar poco después: «Rey de los jóvenes inmortales, os saludo!». Y ésto lo dice luego de haber advertido, que «el día que la juventud le ame y le comprenda será el más bello día de la vida». Al expresarlo así, observa que hay «carencia de educación moral» en la juventud actual, y repite con el memorial dirigido por los inspectores de los talleres y factorías de París al prefecto del Sena:

«Ha sonado la hora de oponerse á esos *desastres morales*». ¿A qué clase de «desastres morales» se alude? La misma memoria se encarga de responder: «La niñez está perdiendo toda noción de respeto y de deber, habituándose á usar el lenguaje más obsceno. La conducta en las calles es á menudo escandalosa». Es observando el fenómeno psicológico que ocurre en la Francia contemporánea, que nos dice: «Para inculcar al niño las ideas morales sólo existe un vehículo: la religión» y agrega más adelante: «Francia no es la única nación perjudicada por apartarse de Jesús», pues entiende que, «las naciones donde mejor florece el principio evangélico, son también las más prósperas y hermosas; su superioridad en el mundo está en razón directa de la práctica de este ideal». Y para hacer más evidente este enunciado, invoca el juicio de Harnack: «Pienso que no tenemos nada que enseñar al Evangelio sino mucho que aprender de él». No obstante, contrariando la opinión del autor de *La Esencia del Cristianismo*, parece ser que los moralistas de las «nuevas ideas» tienen mucho que enseñar al Evangelio, sin que de él aprendan cosa que valga la pena de ser retenida.

El momento histórico que atravesamos no puede ser más oportuno, para despertar en los demás, una franca y noble preocupación de la cuestión religiosa que con tanto ardor este joven apóstol del cristianismo defiende. Sin estar con él al considerar que «el catolicismo romano y el protestantismo son ramas de un mismo árbol»; sin aceptar las conclusiones á que arriba cuando ve en ellos que tienen por Jesús idéntico amor y reverencia, gózome empero al verlo enamorado del concepto religioso y de la personalidad del Verbo bendito de las Escrituras.

Es la única objeción de fondo que, muy de veras, hago á sus *Estudios Religiosos*; es la sola que me obliga á ver en él una tolerancia excesiva en las cosas que yo no llamaría *tolerancia*. Es cierto que, como él dice, «la gran campaña anticatólica en Francia es, en resumidas cuentas, un ataque al cristianismo»; lo es también que «el catolicismo es superior al ateismo ó al indiferentismo absoluto»; pero lo que no es cierto y el mismo Nin Frias debe saberlo, es que, el catolicismo de Roma, *interprete los altos y esenciales intereses del cristianismo evangélico*; pues una enorme sima los separa y hace imposible entre ellos toda conciliación racional, si se los considera particularmente en lo substancial y en la íntima manera de ser del uno y del otro.

Al decir que «allende el ceremonial y los ritos, los católicos se allegan á Dios por la intensidad de su fé», y que, «no hay los abismos supuestos entre el catolicismo reducido, á su esencia íntima y el protestantismo», creo estar oyendo algo seguramente extraño y nuevo de lábios de un pensador cristiano que, como él, procede de la Reforma. «¿Qué importan, nos observa, que entrados en la paz de Jesús y en comunión con Dios ofrezca el uno las *exterioridades* de su culto? Quiero comprender y no odiar», afirma; y, seguramente, es en nombre de este pensamiento que hago también mío, que quiero explicarme la razón de ese consorcio de ideales para mí imposible, de ese amistoso conubio—que juzgo irrealizable—en las doctrinas que, á mi ver, se repelen enérgicamente como dos cuerpos que poseen electricidad del mismo nombre.

Y es invocando las palabras de Miguel de Unamuno con que él encabeza uno de sus escritos,

que contesto: «La meditación racional á la vez que cordial del cristianismo evangélico es lo único que arrancará á los pueblos latinos de las garras del paganismo que los enerva». Si lo que caracteriza este paganismo—pues yo así creo entenderlo—es el cúmulo abrumador de las «exterioridades», del «ceremonial y los ritos» de la iglesia de Roma, su iconolatría, sus creencias, es fuerza confesarlo, que Jesús muy poco ó nada tiene que ver en ello. Si lo que al paganismo á que Unamuno se refiere son aplicables también todas las formas de incredulidad é indiferencia convertida en sistema, en pensamiento, en acción, en idolo de la hueste que auspicia el movimiento anti-cristiano en América y todo el mundo latino, es necesario declararlo fuerte, muy fuerte, que Jesús tampoco tiene que ver en ello nada que ponga en posición desventajosa su personalidad y su doctrina. Pero si, en cambio, á lo único que debe atribuirse ese amargo y doble paganismo que, como un cáncer nos devora, es al catolicismo que tiene en Roma su representante más alto. Aún digo más, que mientras no se devuelva al pueblo el Cristo primitivo, el Jesús sublime de los Evangelios, la piedad católico romana será la de siempre: un trasunto fiel de un falso cristianismo opuesto á todo progreso, á toda elevación intelectual y moral para la raza que la invoque. Cristianismo y romanismo son para mí dos cosas absolutamente distintas. Creo hacer poco honor á mi conciencia, si me siento capaz de confundir al Cristo del Evangelio con el Cristo del *Syllabus*: el primero, es una potencia moral que redime; el segundo, un tirano que esclaviza y mata. Con la religión del *Syllabus* se pueden sostener todas las intolerancias y todos

los errores: para aquellas y para éstos habrá un silojismo que los defienda, un ergo que los admita. La religión de Jesús es una religión de amor, y eso es la base principal y más sólida del edificio cristiano. El amor no puede comulgar en los altares del odio; no obstante, todo lo que viene de Roma es eminentemente odioso, como bien pronto lo demostraremos.

No cabe, pues, el enunciar el nombre de Cristo en una iglesia que lo ha prostituído. La impiedad actual, el escepticismo de estos tiempos, la falta de fe religiosa en el pueblo, la mentira cultural social, son frutos legítimos de Roma que, en su afán de innovarlo y gentilizarlo todo, ha convertido á Cristo en un ídolo pagano junto con María y los santos, con los que ha hecho un nuevo politeísmo menos artístico que el de Grecia y Roma, y, en cuyo Olimpo, Jesús es un Apolo contrahecho y poco amante de la luz; María, una Minerva desproporcionada y lujuriosa alhajada con las perlas y brillantes de los adoradores, que atrae las miradas de los efebos y doncellas de Corinto; y, los santos, «dioses menores» que asisten como hierofantes lascivos, á los misterios y solemnidades de la Eleusis Babilónica de las siete colinas, báratro de todas las supersticiones de los tiempos y asilo de todas las intolerancias y crueldades.

El peor mal que la Iglesia de Roma ha hecho á la civilización presente, consiste en haber dado al pueblo un Jesús que no es el de los Evangelios; pues lo ha destituído de su verdadera y legítima potestad de Redentor del mundo, al suplantar su serena, dulce y admirable doctrina de amor y perdón por la del *Syllabus*, la de los cánones, bulas y decretos de los concilios. No es con la conversión

de Ena de Battemberg que se hacen menos odiosos los decretos del Concilio de Trento ó del Ecuménico de 1870; no es con un donativo de 500.000 liras de Pío X á las víctimas del Vesubio, que se aminora un punto el color repugnante de la tiara papal; contra esas insolvencias de una iglesia prostituida, están la béndición pontificia de Pío V en favor de la Invencible Armada; la Inquisición; su escandalosa bula *In cæna domini*; la jornada de San Bartolomé, glorificada por mandato papal en una medalla con la efigie de Gregorio XIII y en un fresco pintado por Jorge Vasari en la Capilla Sixtina; la usurpación de los derechos civiles; la gentílica invención del Purgatorio; el culto de las imágenes; la invocación de los santos; el sacramento de la Penitencia; el dogma de la infalibilidad del Papa; la tarifa de las indulgencias, y los funerales, misas y responsos en bien y gracia de los muertos: todo ello opuesto á la doctrina predicada por Jesús y sus apóstoles.

Y muy recientemente, para confirmar una vez más que la religión de Roma no es religión de amor, de caridad, de perdón, de benevolencia, de vida y de libertad, sino de odio, de servidumbre y muerte, bástenos mencionar, aunque sea de paso, la famosa encíclica de Pío X en honor de Carlos Borromeo, y la protesta del Vaticano contra la política juiciosa, reaccionaria y patriótica en alto grado, del señor Canalejas, en España.

En lo que toca á la primera, es un ataque grosero dirigido contra la verdad y la justicia de la Historia, y contra la dignidad y el honor de las naciones protestantes. La tal encíclica, aludiendo á los reformadores, dice: «Eran hombres soberbios y rebeldes, enemigos de la Cruz de Cristo,

varones de intenciones terrenales cuyo Dios era el vientre.... Confundieron todo; hicieron más fácil para sí y otros el camino de la licencia.... Fueron en realidad corruptores, puesto que extenuaron las fuerzas de Europa por luchas y guerras... Por fin, por ellos vino luego la peste interior de los errores, y, con el pretexto de reclamar santa libertad, aquella epidemia de vicios y destrucción de la disciplina, á la que acaso no llegó ni la Edad Media». No se puede, sin escandalizarse, oír hablar tanto desatino é insulto de labios de aquél que se dice infalible y vicario de Cristo! ¿Cree por ventura, Nin Frías, que así le es dado hablar á un *cristiano*? ¿Se puede mentir con tanto descaro y tan *gratuitamente* á los que han buscado la verdad, como á un dios, en los luminosos templos de la Historia? ¿No vale para Pío X nada, el honor y la virtud de los alemanes, los ingleses y norteamericanos, para que los sumerja en el estercolero de las más soeces mentiras é intolerancias? ¿Ha olvidado el papa de Roma la voz viril de Roque Barcia en su *Cartilla Política* contra Mastai-Ferretti? ¿No ha oído nunca el «sumo pontífice» la palabra libertad explicada por Castelar al señor Manterola que, como fruto legítimo de su iglesia, parecía estar sordo y no oír el dictado de la conciencia de los Evangelios?

Para la lógica papista, la «santa libertad» es madre de todos los vicios y destrucción de toda disciplina. Según esto, cuando Jesús dijo; «conoceréis la verdad y ella os libertará», no estaba en razón, porque, seguramente, para encontrar la libertad no se necesita indagar la verdad, no es preciso preguntar á la conciencia, ó, lo que es peor todavía, fuera de la iglesia de Roma no hay verdad;

luego, fuera de ella no hay libertad posible sino licencia, indisciplina y vicio. Además, el desconocimiento, ignorancia y malicia que respecto de las personas de los reformadores demuestra el Papa en esa encíclica son de tal naturaleza, que en vez de mejorar la causa de Roma la empeora: es lo que se deduce del giro que van tomando los acontecimientos en la misma Alemania á la que más directamente ofende la palabra del Vaticano, y contra la que, unánimemente, la prensa germánica protestante y aún católica, ha respondido en tono bien alto y severo y con santa indignación, rechazando el espíritu diabólico y hostil que la inspira. Es refiriéndose á ella que dice un catedrático de la Facultad de Teología Católica de Tuebingen, según el *Schwaebische Mercur*: «El ataque dirigido por el Papa contra la Reforma ha despertado verdadera indignación. La verdad es que le duele á un católico tener que mencionar todo eso; pero cuando se falta tan gravemente á la verdad y se niega la justicia de un modo tan público como en la desdichada encíclica de Borromeo, ya no se puede callar». El *Reichsbote* al comentar la actitud papal así se expresa: «Estados y pueblos no deben ni pueden tolerar tal cosa de un hombre que para sus actos oficiales reclama infalibilidad divina». El *Deutsche Reichspost* sobre el mismo asunto «expresa la esperanza que se retirará el embajador prusiano cerca del Vaticano, para hacerle comprender al Papa, que con su encíclica ha insultado á todo hombre evangélico desde el emperador hasta el último de sus súbditos». Y ahora, agrego yo: ¿no es ésta acaso la manera propia, peculiarísima que tiene Roma de hacerse oír siempre que habla? ¿No está en sus labios el te-

rrible «anatema» contra todos los que buscan fuera de ella la paz de la conciencia? «Benedicid y no maldigais», dijo Cristo; pero, ¿cómo y cuándo es que bendice? «Amad y perdonad á vuestros enemigos», dice el Evangelio; pero, ¿de qué modo Roma *ama* y *perdona* á sus enemigos? ¿Es acaso autorizando como lo hizo Inocencio III la carnicería de los albigenses; ó estimulando las crueles persecuciones de los valdenses en los Alpes y en el Piemonte; ó celebrando con un solemne *Te-Deum* y las salvas del castillo de S. Angelo la noticia de la muerte de Coligny y los hugonotes de Francia; ó llenando las carceles y galeras con herejes; ó llevándolos á la hoguera; ó colocando en el prohibitorio *Index* los libros de los pensadores y los sabios de todos los tiempos? Seguramente, Roma está muda, y no sabrá responder.

Yo creo firmemente: que no es con esta clase de falso cristianismo, con el que el señor Nin Frías desea conciliarse; no es con esta manera de interpretar el Evangelio y la persona y el carácter de Jesús, con la que aspira á redimir de la incredulidad, el ateísmo y el vicio á la raza latina á que pertenece; no es con este modo de manifestar el amor á los hombres, con el que comulga en la mesa de sus nobles ideales cristianos: luego, pues, nos queda la evidencia de saber que, el dulce cristianismo que con tanto ardor Nin Frías propaga, no es el *pseudo-cristianismo* del Papa: no es, no puede ser ni en la forma ni en el fondo, ni en lo intimo y esencial, el ideal intolerante de egoismo y mentira de las encíclicas, de las bulas y el *Syllabus*.

En lo que hace á la protesta del Vaticano contra la política liberal del señor Canalejas. no exis-

te mejor comentario que las propias palabras del jefe del gabinete español: «¿Qué he hecho hasta ahora para merecer las cóleras que mi política desencadena? Pocas cosas, seguramente; pero cosas que nadie había hecho desde que el Estado español existe. Por lo mismo parecen enormes. He juzgado que los adeptos á cultos disidentes tienen derecho á colocar emblemas en los edificios donde se juntan para cumplir sus deberes religiosos.... En adelante, pues, como todos los países civilizados, tendrá España templos protestantes y podrá tener sinagogas que lleven en sus muros los signos característicos de sus respectivas confesiones religiosas. Contra ésto es que protestan los clericales en pleno siglo XX! ¿No dice ésto con bastante elocuencia que Roma es siempre la misma en sus dictámenes *ex-cátedra*, y deseos? No es todo ésto la negación más completa de la esencia íntima del carácter y vida de la religión cristiana?

Nó; no puede aceptarse en modo alguno, que «el catolicismo y el protestantismo son ramas de un mismo árbol»; porque la savia que las alimenta no es de idéntica naturaleza, no procede del mismo tronco, no encuentra la fuente de la vida en la misma agua y en la misma tierra; no dan idénticos frutos: no son las exterioridades y el rito de la una que la hace diferente de la otra: es la vida propia de cada cual que las hace enteramente distintas y entre sí inconciliables, por aquello mismo que Jesús dijera: «el que no es conmigo, contra mí es.» O se es cristiano ó se es pagano; no cabe término medio: ó se obedece á la autoridad del Evangelio, ó á la del *Syllabus*; ó se sigue á Cristo ó al Papa. *To be or not to be, that is the question.*

X.

Continuación de lo anterior.—Explicación de la sinonimia de las palabras *protestantismo* y *cristianismo evangélico*.—Lutero y la Reforma.—Antes de Lutero hubo *protestantes*, pero no hubo reformadores.—Las innovaciones del papismo y sus adversarios.—Los padres de la iglesia contra estas innovaciones.—Cuál fué la obra de los reformadores.—La bula del papa Pio IV.—¿Cómo ha de llamarse á los cristianos que no siguen al papa?—Palabras de Merle D'Aubigne acerca del cristianismo y la reformation.—Fin de este asunto.

Pero alguien observará aquí, que yo he hecho de los vocablos *protestantismo* y *cristianismo*, una perfecta sinonimia tan sólo para mí, sin cuidarme para nada de la opinión de los sectarios de Roma que, muy de seguro, piensan de un modo bien diferente. La iglesia del Papa cree y enseña que es derecho suyo inalienable el de salvar las almas y el de poseer la verdad, y, por consecuencia, rechazará la sinonimia que he dado por sentada sin discutirla. No obstante, al hacerlo así, no he dejado de comprender que la palabra «protestantismo» nada dice por sí misma, nada explica, si no sea por la acepción vulgar que le ha concedido patente de entrada en el léxico y cuyo verdadero sentido ya nadie desconoce.

Esta sinonimia es, á mi modo de ver, á más de

lógica muy explicable, desde que por *protestantismo* debe entenderse esa igualdad, semejanza ó acercamiento de doctrinas y sectas religiosas, inspiradas todas ellas, en la interpretación libre é individual de los Evangelios. Esto último fué lo que constituyó la característica esencial y saliente de la Reforma del siglo XVI. Aunque cupo á Lutero la gloria de «empollar el huevo», como dijera cierto historiador al hablar de la vida y el carácter de Erasmo,—pues fué suyo más que de otro el honor de ponerse al frente de esa hermosa y fecunda revolución en favor de la verdad, la santidad y la libertad de la conciencia,—empero, anteriormente á él hubo cristianos *protestantes*, si hemos de entender por este último vocablo un adjetivo derivado de toda *protesta*, toda rebelión ó negación hecha en el seno mismo de la iglesia contra la interpretación teológica y *ex-cátedra*, ó la imposición de toda doctrina ó superstición autorizada por la voluntad de los concilios ó del Papa. En este sentido, podríamos decir que, la historia del protestantismo no es la historia de la reforma; lo que daría por corolario lo siguiente: hubo antes que Lutero verdaderos *protestantes*, pero no hubo *reformadores*.

No hay innovación alguna del papismo, á la que no se haya opuesto con menor ó mayor energía, más ó menos directa ó indirectamente, la protesta de varones ilustres, de cristianos no papistas, de eminentes doctores y padres de esa misma iglesia. ¿No trataron, en efecto, de restablecer la adoración de Dios «en espíritu y en verdad» el arzobispo Claudio de Turin en el siglo IX; Pedro de Bruys, su discípulo Enrique, y Arnoldo de Brescia en el siglo XII? ¿No condenaron los «místicos»

con la santidad de sus vidas y una espiritual é íntima comunión con Dios, la podredumbre de la iglesia papista? ¿No fueron en el sentido más admisible y verdadero devotos *protestantes*, los perseguidos y piadosos discípulos de Pedro Valdo, que con todo denuedo y heroísmo, invocando la autoridad de las Escrituras, abominaron las supersticiones de Roma? ¿No lo fueron á su vez, Wicleff en Inglaterra, y Juan Huss en Bohemia?

Y en cuanto á los padres de la iglesia y sus «infalibles doctores», no *protestaron* Gelasio II y Gregorio I contra el título de «Obispo universal» que se arroga para sí el Papa? ¿No rechazaron Orígenes, Cipriano, Hilario, Gregorio Nacianceno, Epifanio, Gerónimo, Agustín de Hipona, Nicéforo, los libros «apócrifos» agregados al canon judío por el concilio de Trento? ¿No se opuso el mismo San Agustín al gentilico dogma del Purgatorio; y, á su vez, no impugnó el de la «transubstanciación» juntamente con Gelasio, obispo de Roma; Ireneo, obispo de Lyon; Clemente de Alejandría; Ambrosio, obispo de Milán, y Teodoreto, obispo de Siria? ¿No negó Hilario, obispo de Poitiers, la necesidad de las misas y oraciones en favor de los difuntos, porque todo hombre en esta vida, según él, «debe necesariamente proveerse de aceite para su propia lámpara»? ¿No puso en duda Fisher, obispo de Rochester, la invención pagana del purgatorio, y, por consiguiente, la bondad de las indulgencias? ¿No negó el «doctor seráfico», Tomás de Aquino, el dogma de la Inmaculada Concepción? Y así podría continuar largamente invocando la autoridad misma de los padres de esa iglesia contra las innovaciones del romanismo, si me fuera oportuno y dable hacer-

lo en las reducidas páginas de este estudio sobre la personalidad literaria y moral de Nin Frías, y si con ello, no temiera apartarme del plan general propuesto. Creo, no obstante, que Nin Frías tolerará de buen grado que, á fuer de ser yo sincero, me haya detenido acaso más de lo que debiese entre las leves mallas de la discusión de este asunto, que juzgo no despreciable, sino digno del alto interés que los dos tenemos de defender la tradición y el ideal cristianos.

Mas, pienso que, llevado por mi deseo de explicar, aunque sea muy ligeramente, la verdadera acepción que para mí y los que proceden del cristianismo evangélico, tiene la palabra *protestante*, no debo terminar aquí sin hacer ciertas observaciones y reservas. Al aceptar por cristianos á los protestantes, no lo he hecho tan implícitamente que niegue para los católicos tan honroso título. No es preciso llamarse luterano, anglicano, bautista, presbiteriano, metodista, wesleyano, cuáquero, ni aún católico, para ser cristiano. Para serlo, basta buscar la significación real y el profundo alcance que tiene esta palabra, en la fuente misma del Evangelio, que, para los cristianos, es la única autoridad de fe, legítima, incontrovertible é indubitable. Fuera de Cristo y su doctrina, no cabe la admisión de ese hermoso vocablo, que es insustituible, y, por lo mismo, está demás, ó, por lo menos, no es necesario ningún otro. Precisamente, lo que encarece y glorifica la fecunda obra de los reformadores, es que no vinieron á destruir el Evangelio, sino á reconquistarlo para el pueblo, rompiendo el férreo yugo del papismo á que estaba la verdad, encadenada; no vinieron á predicar una *moral nueva distinta* de

la que santificó con su sangre el divino Maestro, sino á dar á conocer ésta al mundo, sin sujeción, con entera libertad, para que nadie se privara de recibir la dulce unción de la gracia evangélica; no vinieron á hacer apostasía de la verdadera fe, ni á traer «peste de errores y vicios», sino á «restablecer la doctrina de los apóstoles que la iglesia de Roma había anulado prácticamente por sus tradiciones». Es que para ser cristiano, es absolutamente necesario independizarse del Papa; y, como el que en manera alguna se independiza por amor á Cristo, recibe el «anatema» que lo inhabilita para salvarse, de ahí que no pueda llamarse «católico» sin ir contra los decretos y el espíritu de esa iglesia, como lo testifica la bula del papa Pío IV que «condena, rechaza y anatematiza á todas las heregias cualesquiera que sean, condenadas, rechazadas y anatematizadas por la Iglesia»; á todos los que se opongan contra «las cosas dadas, definidas y declaradas por los Sagrados Cánones, por los concilios generales, y, especialmente, por el Santo Concilio de Trento»:

Después de ésto, cabe preguntar: ¿cómo ha de llamárseles á los cristianos que se ponen fuera de estas condiciones; á los que rechazan en nombre del Evangelio y del dictado íntimo de su conciencia, esta vergonzosa esclavitud moral?; ¿se llamarán evangélicos, católicos, liberales, libre-pensadores, reformistas, protestantes, cismáticos ó herejes? Es la iglesia de Roma quien los llama «protestantes». El uso ha recogido el término, y le ha dado fuerza de ley; pero, en realidad, el protestantismo,—no obstante la diversidad de sectas de que se le acusa,—no es otra cosa en su íntimo carácter, esencia y doctrina que el cris-

tianismo evangélico, así como, el catolicismo romano, es, en substancia, la resurrección, con ligeras modificaciones de forma y fondo, del antiguo paganismo de Grecia y Roma. Aunque no tuviera otro dogma pagano más que el del purgatorio, ¿no bastaría ésto para confirmarlo?

«El cristianismo y la reformation, ha dicho Merle D'Aubigne, son las dos mayores revoluciones de la historia, y, ha agregado aún más: «son la misma revolución obrada en épocas y circunstancias diferentes. Son desemejantes en puntos secundarios, pero son una sola en los primeros y principales. La segunda es una repetición del primero; éste abolió la antigua alianza; con aquella ha reaparecido la nueva, y entre ambas está la Edad Media. El cristianismo es el padre de la reformation; y, si la hija. bajo algunos respectos, lleva señales de inferioridad, por otro lado tiene caracteres que le son propios.» Más adelante sigue diciendo, estudiando la acción del romanismo en la historia: «Establecer una casta medianera entre Dios y el hombre, y hacer comprar sus obras, con penitencia, y á precio de oro, la salvación que Dios da, he ahí el papismo. Facilitar á todos por Jesucristo, sin medianero humano, sin este poder que se llama la Iglesia, la entrada franca al sublime *don* de la vida eterna que Dios concede al hombre, he aquí el cristianismo y la reformation. El papismo es una barrera inmensa puesta por el trabajo de los siglos entre el hombre y Dios: si alguno quiere vencerla, que pague ó que sufra, y con todo ésto no la vencerá. La reformation es la fuerza que ha destruído esta barrera; que ha restituído Cristo al hombre, y que se ha abierto un sendero llano para acercarse á su

Creador. • El papismo interpone la iglesia entre Dios y el hombre. El cristianismo y la reforma-
ción hacen encontrar á Dios y el hombre cara á
cara. El papismo los separa; el Evangelio los
une. • Paréceme que, las palabras transcriptas,
tienen una elocuencia y verdad innegables, y
valen bien como respuesta, aunque breve pero ex-
plícita, á la encíclica de Pío X en honor de Car-
los Borromeo. Además, al transcribirlas por creer-
las muy oportunas en este sitio, he querido cerrar
con ellas el marco de esta breve discusión, hecha
sólo con objeto de explicar el sentido y el fondo
de la sinonimia moral existente entre el protes-
tantismo y el cristianismo evangélico, y negarle
por entero, toda participación en ella al sistema
religioso llamado *catolicismo romano*.

XI.

Una «inquietud» necesaria.—La receptividad de Nin Frías y la tendencia de su alma á modificarse incesantemente.—Algunas palabras de su «diario íntimo» y lo que ellas trasuntan.—El progreso ideal que ambiciona.—De cómo el artista se sobrepone al pensador al tratarse del catolicismo.—Su cristianismo, como artista, lo lleva á la interpretación social y psicológica.—Posible conciliación del culto de la forma con el culto cristiano.—No es necesario sacrificar en el altar del Evangelio el amor á las Gracias.—Amar al Arte y amar á Cristo; dualidad explicable—El concepto literario de Nin Frías.—Opiniones de Unamuno y Ramón y Cajal respecto á este escritor.—«Un merle blanc» en la literatura americana.

Acabo de manifestar á Nin Frías mi manera de ver y juzgar la parte para mí débil é insostenible de sus *Estudios Religiosos*. Como él, al expresar á Miguel de Unamuno que á veces es bueno «inquietarnos» un poco en materia de doctrina, así yo repito con la misma sinceridad que él emplea al dirigirse al ilustre rector de la Universidad de Salamanca: inquietémonos. Pero esta hermosa inquietud tendrá para nosotros la ventaja de acercarnos más, de comprendernos mejor, de establecer entre ambos esa íntima comunión intelectual de dos almas que, aunque en algo

diferentes, y aún caminando no siempre por la misma senda del análisis, de la investigación y del método, van, no obstante, hacia el mismo puerto, convergen sus miradas hacia el mismo foco de la Vida y de lo Ideal. Hay, empero, en nosotros, una identidad insustituible que constituye en ambos el mismo amor inalienable hacia una causa alta, bella y armónica: Jesús. Nuestro concepto del arte en sus relaciones con el cristianismo, es, si cabe, también idéntico, ó, por lo menos, nuestra admiración é interpretación en este sentido es la misma.

Por otra parte, advierto en Nin Frías esa ansiosa movilidad de abeja que va de flor en flor recogiendo,—ávido de nutrir su mente con todo lo substancial y hermoso—el polen nectífero de mil jardines extraños y diferentes, sin saciarse jamás. Mariposeo intelectual de un alma cuya receptividad quiere atesorar para sí cuanto puede enamorarla, sin poner fronteras al entendimiento, ni límites á la inventiva creadora, ni vallas á la tortuosa y accidentada ruta de las altas exploraciones del análisis científico y metódico. Porque le veo arrojar en el surco ático de sus concepciones artísticas, semillas de plantas de todos los climas y de todos los vergeles; porque su espíritu eminentemente racional y evolutivo, gusta abreviar su sed en la fuente de la inspiración científica; porque observo en él esa tendencia á modificarse incesantemente dejando á un lado, ó, por lo menos, mirándolo con indiferencia, todo lo accesorio por ir en busca de lo esencial; porque el proteísmo de su alma adora á la armonía y vive de sus múltiples manifestaciones, sufre cambios de forma constantes; por ello quiero no dejar pasar en silencio al-

gunas palabras de su «diario íntimo» que, trasuntan de un modo claro y atrayente, esta constitución mental de que está dotado, y esa inquietud de constante reforma que se denuncia en todas sus obras, y, especialmente en las últimas, con perceptible relieve y evidencia. «Mi naturaleza, dice, es esencialmente artista, hecha para vibrar en contacto con cuanto halla á su paso. Sin cesar va de un extremo á otro. Cuanto he escrito expresa ese vaivén del cual ha surgido un poco de sabiduría, basada en la experiencia de la vida.... *C'est un coeur trop plein, c'est un cerveau dont la lumière est trop vive....* Yo he amado siempre á Dios... Estar á su servicio es ahora y será siempre la pasión de mi vida.... El cristianismo es la llave de todos los arcanos. No, mil veces no; no me equivoqué al aceptar á Cristo. Ha inspirado á los más grandes hombres. Para Miguel Angel era la palabra de orden de su vida. Es el mayor factor de la sociedad moderna, porque mide la grandeza del hombre en proporción al número de los que sirve. ¡Qué hubiera sido del arte y del mundo, sin él!» Hermosa manifestación de la vida interior del alma de un creyente en Cristo, que no se avergüenza de confesar su té, aún á despecho de la hueste numerosa de escépticos é incrédulos que, con toda arrogancia, dicen predicar una virtud más alta y humana que la del Evangelio y aseguran, poseer el secreto de la regeneración del mundo por medio de una moral nueva, más al alcance de las necesidades y exigencias del espíritu moderno y más afín con la «verdad científica»; más fiel é interpretativa de los sentimientos de la humanidad actual y sus elevados intereses de orden y conservación; más cerca del concepto de la

libertad y de la conquista de todos los derechos del hombre. ¿No son estos enemigos del cristianismo los que, muy á menudo, hacen de la virtud elástica, acomodaticia y convencional de las circunstancias, la más excelsa de las doctrinas, la que mejor concuerda con ese *pasarlo bien* que el buen sentido, según ellos, aconseja poner en práctica en la corta jornada de la vida?

He descubierto siempre en Nin Frias, en su ardiente deseo de *vivir para Cristo*, ese irresistible afecto que siente por toda concepción original y verdadera; toda preocupación intelectual y científica; toda armonía, aún de las tierras más remotas y de los tiempos más lejanos; toda realización genial artística; toda orientación del espíritu hacia lo bueno y lo bello; todo cuanto tienda á nivelar—aunque ésto sea imposible—el hombre con Dios, lo finito con lo infinito, lo pequeño con lo grande, el *micros* de la visión interior con el *macros* de la percepción externa. De donde resulta que, todo cuanto lo lleve al progreso ideal que ambiciona, arraigase á ello como planta vivaz en tierra fecunda; y de ahí también que, eso que yo he calificado de excesiva tolerancia con el catolicismo de Roma, sea en él, más que otra cosa, una considerable afinidad de su espíritu conciliador con el espíritu que flota en el arte suntuoso del paganismo gentilico transportado á las bóvedas, nichos, pinturas y frontispicios de las magníficas catedrales del Papismo puestas al servicio de la idolatría. En este sentir el artista se ha sobrepuesto al pensador, al filósofo, en una devota contemplación estática con todas las cosas que sugieren lo bello, aún dentro del marco lujoso y rico de colores—aunque irreverente á la línea sen-

cilla y severa de la escuadra evangélica—del icono proteiforme de la corte eclesiástica de los santos y mártires del calendario católico. Esto y no otra cosa, es lo que le hace tolerable *ciertas cosas* del Papismo, aunque felizmente sin aceptarlas como norma de conducta, ni sacrificar á ellas ninguna de sus íntimas convicciones de cristiano netamente evangélico; como si su alma y corazón, de artista, no tuvieran valor para rechazarlas, por lo que de interesante y bello en alto grado poseen: no así el protestantismo, cuya rigidez y disciplina en las costumbres, y el puritanismo grave y sencillo de su culto—que es más interno que externo — exento de toda exterioridad llamativa, de todo decorado ostensible, de toda vanidosa orfebrería, no pueden ser para el arte á que tan hermosos tributos de amor dedica, motivos auspiciosos de inspiraciones tan fecundas.

Creo por ésto que, el cristianismo de Nin Frias que aparece en sus últimos libros, ha avanzado mucho en el sentido de apartarse del histórico, del protestantismo, é ir á la interpretación social y psicológica. Hay en ello, como se ve, en su noble afán de no sustituir lo bello por lo útil, una emigración de sus facultades intelectivas á comarcas á menudo más paganas que cristianas, no obstante su fervorosa adoración que, puede decirse, caracteriza lo substancial de casi todos sus escritos, á Jesús, el divino Maestro de las parábolas. ¿Por qué no hemos de admirar, diría él, junto al *Cenáculo* de Leonardo de Vinci, el dorso desnudo de una *Venus de Milo*; el abrazo afectuoso de *Amor y Psiquis*; las caderas voluptuosas de la *Ariadna* de Dannecker; la sonrisa picaresca del *Cupido* de Canova? ¿Por

qué no hemòs de respirar en el prado risueño del Arte, las dulces auras de la inocencia de los primeros tiempos? ¿No es acaso conciliable el culto de la forma con el culto cristiano? ¿Ha de sacrificarse en el altar del Evangelio, el amor á las Gracias? ¿Por qué hemos de cubrir con vestidos de malicia aquéllo que la inocencia descubre con toda libertad y recato? A esta pregunta, Nin Frías contestaría de una manera única é invariable: Amo al Arte; amo á Cristo. Y de esta hermosa dualidad que creo explicable;—pues es también la mía,—cuanto ama el artista, el cristiano lo espiritualiza, lo mueve con un hálito de amor á lo ideal y á lo eterno, y, el pensador y el filósofo, si no pueden amarlo, lo atraen hacia sí y lo toleran, para no disgustar á la jubilosa deidad de la Belleza; dualidad que, aunque pudiera parecer imposible, goza, empero, de incuestionable evidencia, á semejanza de ciertos cuerpos dimorfos cuya facultad más característica y preciosa es la de cristalizar, según las circunstancias, en dos sistemas de ejes distintos, y en dos figuras geométricas diferentes.

Al expresar lo que antecede respecto al dimorfismo intelectual de este artista y pensador cristiano, no he olvidado que él está en ese escaso número de «elegidos» á que se refiere en el siguiente pensamiento, que resume su concepto literario, de lo que ha de ser el escritor: «El escritor, dice, ha de ser un elegido ó no será. Todos los grandes y soberanos dones son comprados con inmensos sacrificios. Entre las cosas que sólo se alcanzan con dolor, sufrimiento y por una purificación espiritual, está el hacer nuestra vida, obra de sabiduría y suprema armonía. La vanidad debe

desaparecer por entero; el exterior y los juicios del mundo no deben contarse para nada, mientras amemos apasionadamente nuestra alma y sus progresos. Y es este elegido, uno de los pocos que se desvive por ser «un hermoso pensamiento de Dios en esta América despiritualizada»; el mismo que en cierta ocasión, me escribía: «Estoy muy contento, pues, si no aumento mi caudal, por lo menos veo á mi alma crecer»; lo que en él significa también el deseo ardiente de ver crecer el alma de su patria, el alma del continente, y, si fuera posible, el alma del mundo.

Y bien, yo saludo en Nin Frías, un austero apóstol del cristianismo en América; un vidente del glorioso futuro de armonía, de amor, bienestar y grandeza para la raza; un espíritu fuerte y heroico que posee la ciencia de luchar para vencer; un sacerdote de lo Bello, cuya voz suave y persuasiva, tendrá siempre para los catadores del buen gusto clásico y para las mentes abiertas á los supremos goces estéticos, algo de hermoso y sustraedor; yo saludo al cantor de los nobles triunfos del alma humana, de la virtud y de la ciencia, cuya palabra con sonoridades de música beatífica, mezcla de un modo algo extraño pero armonioso, la unción profética del apóstol, la piedad evangélica y la imaginación pagana. Quién como él desea «el mejoramiento humano por lo bello para dilatar en el hombre el espíritu y el alma», bien merece que se le abra paso, que se le ame y se le bendiga.

¿Por qué habrá de ser de otro modo? Felizmente mi voz no es la única que le saluda afectuosamente y lo aplaude; la única que le bendice. Creo firmemente que estudiarle y compren-

derle es llegar á amarle. Por ello no es de extra-
 ñarnos, que de él escriba Miguel de Unamuno: «Es
 uno de los escritores que más me conviene estudiar
 porque me da pié como muy pocos para las refle-
 xiones que más gusto»; y en otra ocasión dirigién-
 dose á él mismo: «Espero con ansiedad trabajos
 suyos porque Vd. tiene para mí, en la literatura
 americana, el atractivo de *un merle blanc*; es Vd.
 un caso casi único por su sentido religioso y cier-
 ta orientación que ahí falta de ordinario». El emi-
 nente histólogo español, doctor Santiago Ramón y
 Cajal, ha unido su voz á la del filósofo de Sala-
 manca, para decirnos: «Este joven maneja muy
 bien el idioma. Posee una gran erudición literaria,
 rara entre nuestros escritores. En particular la lite-
 ratura inglesa se ve que la conoce *á fondo*. El
Ensayo sobre la Muerte lo he leído con mucho
 interés».

¿No habrá entre nosotros,—pregunto yo ahora,
 con el vivo deseo de oír una respuesta favorable
 que no creo imposible—los americanos de cepa es-
 pañola, y, muy especialmente, entre los uruguayos,
 muchos que expresen el mismo «interés» manifes-
 tado por Ramón y Cajal respecto á los escritos de
 Nin Frías? ¿Tendrá su palabra para muchos el
 atractivo de «un merle blanc» como lo tiene para
 Unamuno? ¿Hablará en desierto la voz heroica del
 joven profeta? ¿Saludará la alondra de los divinos
 ensueños, a' alba anunciadora del día de redención
 esperado? ¿Llegará Jesús después del precursor?
 ¿Despertará para transformarse la dormida é infor-
 me materia que yace en el lodo del mundo? ¿Le
 brotarán las alas? ¿Emprenderá el vuelo hacia las
 regiones serenas, puras y azules?.....

.....

En la dulce é inagotable fuente del optimismo y la esperanza, él ha ido á llenar su cántaro; y éste no ha de romperse, porque está hecho de una materia extraña que no puede disociarse por la buena ni por la mala ventura; ni por el calor del gozo de los triunfos, ni por el fuego consumidor de las horas adversas. Sabrá cantar el verdadero y triunfal salmo de la Vida: amor, y siempre amor: todo por Jesús, por lo bello y por la ciencia. *Laus Vitæ.*

FIN

WHO IS WHO?

(APUNTES DE BIOGRAFIA Y BIBLIOGRAFIA)

Alberto Nin Frías nació en Montevideo el 9 de Noviembre de 1879. Hizo sus primeros estudios en el Colegio de Lourdes de su ciudad natal. Más tarde, en 1887, siendo nombrado su padre, el doctor Alberto Nin, encargado de negocios en Inglaterra, pasó á Londres ingresando en el Blair's School. Hizo sus estudios secundarios en el Collège International «La Châtelaine», Genève; en el Gimnasio Municipal de Berna; en el Institut St. Louis, en Bruselas, y en la Facultad de Enseñanza Secundaria, en Montevideo; y luego sus estudios superiores en la Universidad Jorge Washington (D. C.) E. U. y en la Universidad Católica de América y Columbia de Nueva York, E. U.

1897.—Nombrado adjunto al Museo y Biblioteca pedagógicos.

1900.—Publicación de Taine Religioso (folleto en francés).

1900.—Cervantes, ensayo sobre una Sociedad literaria internacional (folleto).

1902.—Ensayos de crítica é historia y otros escritos, libro de 309 páginas.

1904, Enero 15.—Auxiliar de la Secretaria de la H. Cámara de Representantes.

1904.—Nuevos Ensayos de crítica y de historia, libro de 257 páginas.

- 1904, Julio 15.—Bibliotecario de la H. Cámara de Representantes.
- 1904, Setiembre 27.—Catedrático sustituto de Inglés en la Facultad de Comercio.
- 1905, Julio 19.—Encargado de un grupo de Francés en la Facultad de Enseñanza Secundaria.
- 1905, Setiembre 12.—Miembro del Tribunal para el Concurso de Francés.
- 1906.—La vida del estudiante y la moral, conferencia en folleto.
- 1906.—Estudios sobre el Cristianismo desde el punto de vista intelectual, libro de 79 páginas, acompañado de apreciaciones sobre obras anteriores del autor, páginas 77.
- 1906.—Catedrático-sustituto de Francés 2º año, Abril 21.
- 1906.—Sustituto de Filosofía y Moral, Agosto 6.
- 1907.—Segunda Edición de los Nuevos Ensayos de Crítica.
- 1907.—Ensayos de crítica é historia, libro editado por la Casa Sempere de Valencia, España.
- 1907.—«El Arbol», trabajo presentado á la Honorable Instrucción Pública del Uruguay.
- 1907.—Psyquis, comedia en cuatro actos.
- 1908, 13 de Marzo.—Secretario de la Legación del Uruguay.
- 1909, 12 de Junio.—Encargado de Negocios en Estados Unidos.
- 1909, 19 de Setiembre.—Estudios religiosos: libro de 212 páginas publicado por Sempere y Cia.
- 1909, Setiembre.—Ensayo sobre el Instituto del Servicio Social, folleto de 8 páginas.

1910, 9 de Febrero. — Secretario de la Legación del Uruguay, Brasil.

1910, Junio. — Grado de Master of Arts conferido por George Washington University, é investido candidato al Ph. D.

1910. — Carta á un escéptico, folleto.

1911. — Aparecerá «Sordello Andrea», novela, editada por la Casa Sampere, de Valencia.

Es colaborador de «La Reforma», B. A., Argentina; «El Estandarte Evangélico», B. A., Argentina; Revista de Derecho, Letras é Historia, de Buenos Aires; de la Revista Positiva, de Méjico; «América», de Nueva York, E. U.; «Revue Américaine» de Bruselas; La Ilustración Sud-Americana; «Iris» de Mercedes, Uruguay; «La Revista Americana» de Rio, Brasil; «La Nación», de Buenos Aires; France-Uruguay, de Montevideo; «La Razón», de Montevideo; «El Día», de Montevideo; La Escuela Uruguaya, de Montevideo; «El Atalaya», de Montevideo; «El Trabajo» de Tacuarembó, Uruguay; «El Uruguay» de Paysandú, Uruguay; «Vida Nueva», revista de Montevideo; «El Fogón», de Montevideo; «Los Principios», de San José; la Revue Heleno-Latine, Roma.

Tiene los grados masónicos: E. A.; F. C.; M. A.; R. A. M. Pertenece á «Harmony Lodge Washington», D. C. y «Acacia» de Montevideo.

DE ALBERTO NIN FRÍAS

(ALGUNAS PÁGINAS DE SUS OBRAS)

Ensayo sobre Enrique H. Taine y sus ideas religiosas

Al señor Amédée de Margerie,
Decano de la Facultad de Le-
tras de Lille.

Señor:

.....
Sea bondadoso conmigo y sonriase de buena gana, que quiero contarle la historia de mi alma y los caminos que ha elegido para llegar á la ciudad donde en otro tiempo *Enrique Hipólito Taine*, profesor en la Escuela de Bellas Artes, enseñaba «con su voz monótona...la fisonomía absorbida» (1).

Desde muy joven tuve pasión por la literatura seria: fué la inglesa la que conocí primero, pues he pasado en Inglaterra la mitad de mi vida. Saboreando á Dickens, releía á *Jorge Elliot*, cuya profundidad psicológica sorprende al punto de recordar á Shakespeare.

En seguida la historia tuvo también para mí encantos increíbles; prefería cualquier libro de historia, á toda otra lectura ó juego. La historia y la literatura eran mis pasiones. Bien pronto, viajando por Italia, el arte vino á juntárseles; más tarde, durante una estadía de tres años en Suiza, me inicié en las ciencias. Estas eran cuatro hermanas, ne-

(1) Bourget: *Essais Psychologiques*.

cesitaban una madre. Antes de partir definitivamente para América, encontré á *Taine* en la Biblioteca de la ciudad de Bruselas, y con él la filosofía tal como me complazco en comprenderla: una ciencia que conduce á las vastas leyes del espíritu, y en una palabra, evoca todo un pueblo, toda una época, todo un mundo de formas vivas. Leía entonces, buenamente, para pasar un momento literario agradable y sin pensar mucho en las consecuencias. Al terminar el estudio sobre Shakespeare, mi espíritu estaba transformado. *Taine*, como *Próspero*, tenía su *Ariel*: el espacio filosófico estaba abierto para mí; volar hacia él, fué un sueño realizable.

«El espíritu reposa en lo imposible», díjome en tono confidente el maestro adorable, desprendido de la página escrita. La sutil espiritualidad de su pensamiento, entraba en mi cerebro como una corriente eléctrica, desbordante de imágenes y de ideas. Entonces encontré la clave de mis sueños imposibles de mis inquietudes de pequeño Werther.

Mis presentimientos (*Ahnungen*) cambiáronse en idea definidas, y súbito, al través de las claridades de la imaginación, me ví transformado en un hombre de ideas y sentimientos. Mi vocación era tan verdadera que creía fuera ella el efecto de las circunstancias y del medio contrario que me rodeaban. Me juzgué entonces hermano de ese Hamlet nacido para la poesía y la filosofía, á quien le cupo en suerte ser príncipe y señor de hombres, cuando él era por naturaleza rey de las ideas. Me encontré un estudiante atrasado, pues no se quiso reconocer mis certificados de estudios de Europa, lo que no deja de ser lamentable en una sociedad la más turbulenta y la menos dedicada á las ocupaciones especialistas. Sin embargo, es el maestro quien me consuela, pues «la imaginación apasionada lleva de prisa al tedio y como el opio exalta y quebranta. Conduce el hombre á la más alta filosofía, después le deja caer en los caprichos del niño», y aún es él quien sostiene mi corazón y mi alma. Ha sido para mí un padre espiritual. Los goces con que me ha regalado—en los días tristes como en los días hermosos, en el momento de un dolor moral

como en el de un dolor físico—no los encontraré en ninguna otra parte. Es por esto que, apartándome de la costumbre social cuya influencia desconozco, me permito la impropiedad de confiarle una intensa emoción. *Taine* y la idea de placer son una sola cosa para mí; tanto él me eleva hasta la presencia divina de las cosas. Cada vez que le leo me parece que viajan juntos nuestros dos espíritus al través del universo, cuyo magnífico espejismo se dibuja en sus ideas.

.....

Del "Ensayo sobre la filosofía de la Historia de España"

A MIGUEL DE UNAMUNO

Homenaje de simpatía intelectual

I

Creo «que las causas morales rigen la grandeza y la decadencia de los hombres y de las naciones» (1). Uniendo á esta teoría las leyes de *Taine* sobre la evolución de un pueblo—la raza, el medio y el momento,—he estudiado la Historia de España desde el punto de vista filosófico.

Hay que buscar, cuando el país se apresura á regenerarse, en el vasto laboratorio de la historia, el germen de su mal. Los estudios de *Enrique Buckle* son los que han ilustrado y diagnosticado mejor su casi incurable mal. Por ello queremos tanto á ese gran médico de los pueblos: ¡*Buckle*!

(1) *Mateo Arnold*.

su vida es ejemplar, como su obra de precioso alcance.

Habemos menester de luces morales, porque una gran transformación está llevando consigo la fe antigua y la civilización que fué su fruto. Tiene esto lugar principalmente en España; desde Valencia á Barcelona, desde los Montes Cantábricos hasta la Sierra Nevada, las poblaciones se agitan; todo el país está en estado latente de revolución contra el poder político eclesiástico.

La filosofía de Buckle ha contribuido eficazmente á desarrollar en hombres de talento este estado de ánimo. El movimiento político anticlerical tomó grandes proporciones; es característico ya del siglo XX y común á todas las naciones católicas. Esta revolución que se inicia en 1901 es formidable. Pueda este ensayo contribuir al estudio de la utilidad é influencia de la Iglesia y en general de la religión.

¿Es útil ó no la religión católica como poder político? ¿Ha contribuido ella ó no á la decadencia española? ¿Es amiga del adelanto ó su enemiga? ¿Tendrá término su poder? Trato de resolver estas preguntas de mucha importancia social.

«El entusiasmo en las ideas es una fuerza muy útil y casi indispensable» (1). Las naciones católicas carecen de esta fe en las ideas y en «los pensamientos que son actos».

La moral y dogma católicos tienen culpa de ello, porque *enseñan* «que el espíritu de investigación es criminal, que la inteligencia *debe* estar sofocada y que la credulidad y la obediencia son los primeros atributos del hombre» (2).

La ciencia en las ideas individuales, las preocupaciones nobles y filosóficas que caracterizan á los protestantes, deben ser también prerrogativas nuestras. Ellas dan grandeza y valor á la vida. «El inglés ha preservado el sentimiento religioso como una fuente de actividad inagotable, como un

(1) H. Spencer: *La educación*, pág. 141.

(2) Buckle, tomo IV, pág. 107.

punto de apoyo que no falla» (1). «El ideal de la vida consiste para él en la mayor cantidad posible de actividad práctica, unida á la mayor suma posible de actividad religiosa (2).

Si han retrocedido las naciones católicas es por la carencia de una fe austera en el adelanto científico, moral é intelectual; por la despreocupación de los intereses mundanales. «Pues hay dos maneras de someterse á la sociedad: la mediocridad del alma y la superioridad de la inteligencia; ésta para uso de los artistas y de los filósofos; aquélla para uso del pueblo; la primera consiste en no ver nada; la segunda en observarlo y verlo todo» (3).

Todos debemos reflexionar, y de la suma de todas las ideas individuales saldrá la civilización.

Seamos reflexivos y seremos piadosos. Como Lutero tengamos horror «á esa vida voluptuosa, ora indiferente, ora desenfrenada, mas siempre libre de preocupaciones morales, alegrada por la ironía, limitada en el presente, vacía del sentimiento del infinito, sin otro culto que la adoración de la belleza material, sin otro fin que el correr en busca del placer, sin otra religión que los terrores de la imaginación y la idolatría de los ojos».

Esto que aborrecía el reformador, nos ofrece la Iglesia en los países latinos; lo contrario nos brinda la religión más pura y avanzada: *el protestantismo liberal*.

Esta fe nos enseña que «la dignidad proviene del imperio sobre sí mismo; que la religión es un asunto personal, un diálogo entre el hombre y Dios; que la doctrina se puede discutir, mas que ante el sentimiento religioso no puede uno menos que inclinarse, pues es sublime; que es el sentimiento verdadero y no la dignidad de los individuos lo que da belleza al sujeto» (4); que es menester proceder de lo íntimo para ir al exterior, en la vida como en

(1) Max Leclerc: *L'Education en Angleterre*.

(2) E. Montegut.

(3) Taine: *Littérature Anglaise*, tomo IV.

(4) Taine: *Notes sur l'Angleterre*.

el arte, que es aún la vida» (1); que el culto debe retroceder siempre, y que ante todo se trata del arte y de la voluntad del bien vivir; que una persona que ha pensado, puede aceptarlo todo, al menos á título de símbolo; que el protestantismo y la ciencia son las dobles válvulas del corazón de la civilización europea (2).

Anuncio á todos una buena nueva, pues considero que la intelectualidad y las ideas personales debe tenerlas todo ser. A los creyentes les diré con Valtour:

«No existe fe sincera sin acción, ni acción eficaz sin fe.»

A los escépticos las palabras de Stuart Mill, llenas de verdad y poesía:

«Hagamos una excisión en la religión de nuestros padres, á fin de conservar lo que ella poseía de excelente: el sentimiento religioso. Seamos escépticos, pero escépticos piadosos.»

A los que se inspiran en la Naturaleza, les hablaré con la elocuencia evangélica de Ruskin:

«Id, id á la Naturaleza en entera simplicidad de corazón, acompañadla, confiad en ella y trabajad; que vuestro único pensamiento sea de penetrar su sentido oculto, sin abandonar, descuidar ni menospreciar nada.»

A los que sufren, el remedio del filósofo de Vouziers, la acción, y á los preocupados en vulgaridades, la contemplación.

A los que idolatran el estudio y la ciencia, les aconsejaré «seguir su vocación, buscar en el gran campo de trabajo el lugar en donde se puede ser más útil; cavar su surco, que lo demás es indiferente» (3).

A los intransigentes é inexorables:

«Amarlo todo para comprenderlo todo; comprenderlo todo para perdonarlo todo» (4).

Y á todos los que quieren vivir felices, cultos.

(1) E. Browning: *Aurora Leigh*.

(2) Taine: *Notes sur l'Angleterre*.

(3) Taine: *Notes sur l'Angleterre*.

(4) Guyau.

y morales les doy este precepto de la moral moderna en Inglaterra:

«Avanza solamente en la vida aquel cuyo corazón se hace más tierno, cuya sangre vuélvese más ardiente, cuyo cerebro se vivifica más, y cuya alma penetra á la paz viviente». He ahí los generosos sentimientos de los pensadores modernos.

Tolerancia, tolerancia pido, la suficiente para investigar con «ánimo sereno» la cuestión religiosa. Suprema es la necesidad de que la Iglesia sea libre dentro del Estado libre. También son necesarios gobiernos que propendan á la descentralización administrativa y á facilitar la iniciativa privada. Con estas reformas, España saldrá triunfal, fuerte y hermosa de su lucha secular; glorifique el individualismo y la solidaridad; en un principio parecen fuerzas contradictorias, «pero se unen y se refuerzan como las dos velas de un mismo navío que parece no recibir el menor viento, y que, sin embargo, concurren al impulso común» (1).

Este es nuestro sermón de la montaña al pueblo hispano y á sus descendientes americanos.

.....

DE SUS «PENSAMIENTOS»

Sin la virtud no puede existir verdadera felicidad, sin moralidad no hay sociedad, sin ciencia se desvanece el progreso:—he aquí el evangelio de las almas sensatas y sinceras.

¡Quién nos diera ser ingleses en el fondo y *plus quam* latinos en la forma exterior!

Para el artista el ideal es como una montaña que siempre está viendo, más cuya cumbre nunca alcanza.

(1) Henri Berenger.

DE "LAUS VITÆ"

ENSAYO SOBRE LA BELLEZA CONSIDERADA COMO
RELIGIÓN Y FINALIDAD EN LA VIDA

Al Sr. D. Francisco Sempere

Homenaje de gratitud y amistad sincera

He leído á Taine, á Renán; he escuchado con fervor religioso el *Lohengrin* de Wagner; oído á Massenet; viajado por Italia, la bella y soberbia; vivido en los sitios más poéticos de la noble Inglaterra; en Francia, nido de la dicha y de lo bello; he confundido mis ansias de lo infinito con la extensa visión de Cristo; he abrevado mi sed de saber en la fuente de las más finas filosofías y con la más exquisita poesía. Conozco el verde Océano; he visto el perfil de tres continentes; me han deslumbrado tiernos idilios; á menudo he contemplado extasiado el sereno cielo azul y el anchuroso mar. La noble amistad me ha hecho vibrar en lo más hondo. He sido espectador y actor en el cruel drama de la vida, he palpado el auge, he orillado el malestar que la falta de dinero crea en derredor nuestro. He recorrido con mano enguantada toda la gama de la vida para hallar su nota dominante y eterna, la melodía que la embellece é ilumina. Belleza me han contestado todas las cosas, y desde entonces me he vuelto su adorador en la vida y en la muerte. En aquélla observo la luminosa ondulación del movimiento fecundo; en ésta la belleza del reposo aparente, porque morir es sólo prepararse á nacer más perfecto y elevado. Si pudiese manifestarse de al-

guna manera el alma de las cosas, exclamaría: *Belleza*.

Todo tiene su fondo bello, pero para percibirlo es menester refinarse. La belleza es el sello de artista genial en todos los seres. Somos su creación desde la flora que ondula en el fondo abismal del Océano hasta el tejido nervioso mejor organizado; su profunda beldad es nuestra inteligencia, nuestra piedad, nuestras ciudades, vibrantes de hermosura ó agigantadas por el esfuerzo; el hogar sereno; el héroe de las luchas, el genio descubridor; el talento su discípulo; los asimiladores sus súbditos. Y así, todas las cosas de la tierra harían eco á un himno á la belleza.

.....

DE SU «DIARIO ÍNTIMO»

Soy y seré lo que Dios ha trazado para mí: reformar por lo bello, Cristo y la ciencia una sociedad anarquizada por la astucia, falsedad é indiferencia religiosa.

—

Deseo con mi literatura espiritual y sintética sugerir al lector un mundo distinto del que vive.

—

Cristiano de verdad, hombre de cultura latino-americana, mártir latino-americano.

—

Hora encantadora aquella en que el hombre enseña, elevándose sobre todos los intereses y pasiones mezquinas para revelar lo mejor de su alma.

.....

DE JULIO HERRERA Y REISSIG

A Alberto Nin Frias

RECEPCIÓN (1)

Almas amigas y bellas
gimnastas; liras acordes
de la orquesta de Pitágoras;
Venusinos sacerdotes
de la hembra arquitectura;
Teóricos trasnochadores,
bajo la divina lámpara
del sátiro Anacreonte;
navegantes espectrales
del Océano Aristóteles:

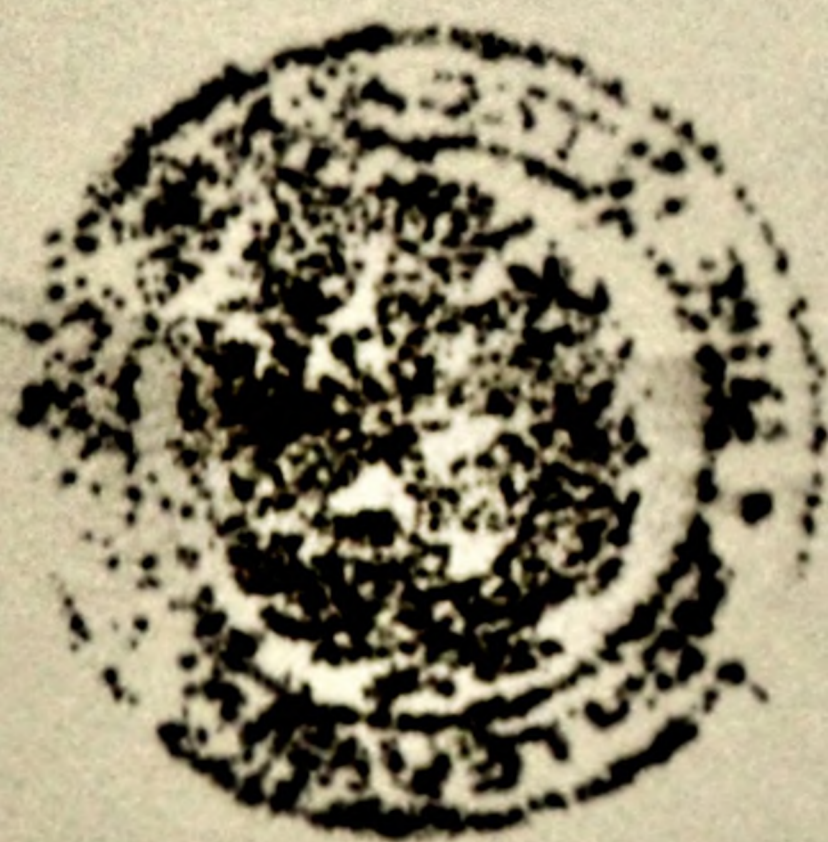
En los Imperios Acústicos
rueda el soberbio desorden;
la Majestad de la Diosa
llena el ambiente; Caliope
palpita suave y redonda
en la plenitud del goce;
Palas auspicia el banquete
melodioso, y á sus sonos,
Orfeo mueve la danza
de los helénicos bosques.

¿Qué ha pasado, por qué ondean
las aleluyas de bronce;
por qué cruzan en Olimpia
briosos carros voladores;
por qué se ufana de rosas
la primaveral Melpómene;
por qué las ánforas vuelcan
los Amatantes y el Orbe
se embriaga uránicamente
de los besos de la noche?

¿Qué despunta en los laureles,
 quién aparece, quién corre?
 Las parcas huyen, se cierran
 en pavoroso redoble
 las puertas negras del Tártaro,
 y en los ingenuos verdores
 con su pezuña galante
 Pan multiplica los golpes.

.....

De repente se hace el Ritmo
 en la flamígera Corte;
 Iris geometriza el curvo
 baile de los tornasoles;
 entra Apolo con la gracia
 de las Ninfas de Sycione;
 Quirón y Neso, radiantes
 sobre las vías del vórtice,
 interrumpen en el cielo
 sus elípticos galopes.



Saturno el rojo distrae
 la siembra de sus pasiones;
 se empinan sobre las insulas
 los lúbricos Helespontes;
 la carraspera del caos
 penetra en los caracoles;
 cien mil grillos *cric-cracquean*
 en sonata monocorde;
 claros aplausos estallan,
 truenan los igneos tambores;

Sagitario da la hora
 de la Eternidad insomne,
 y en el Citerón fantástico
 se alza difusa y enorme
 la silueta amaneciente
 de un misterioso dios joven!

.....

 ¿Quién es este sol perinclito
 del Parthenón de los soles?

- Es griego en su vida y sabio
profundo: conoce al Hombre;
es elegante y austero;
no ignora qué magia esconde
Polimnia y en qué montaña
sueñan los graves pastores;
es músico de serpientes
y domador de leones.

.....
.....

Alberto Nin: tú has pasado
por el Citerón; mil voces
te han acogido; tú has hecho
temblar los antiguos robles;
la Aurora blanca te ha visto
desde los regios frontones;
eres tú la sombra augusta,
eres tú la egregia torre
que á una señal del Arquero
se alzó en el gallardo monte.

Yo te vi reverberante
con tus ojos soñadores
y con tu perfil corintio
en el regazo de Jove.
Sapho te arqueaba su risa
y te suspiraba Cloe.

Yo te vi, dulce sonámbulo
de las nostalgias del Norte,
beber el néctar castálico
de la piscina; y entonces
á una pregunta solemne
que hizo Minerva á los dioses,
Renán y el divino Hipólito
sublimizaron tu nombre.



(1) Julio Herrera y Reissig, durante su vida, me habló más de una vez con entusiasmo y cariño, de Alberto Nin Prias. La poesía que aquí se publica, fué el brindis con que saludó al autor de los *Ensayos* en una hermosa tertulia intelectual dada en casa de este.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
I.--En la sala de trabajo del escritor.--El lenguaje de las cosas que le rodean.--Algunas evocaciones clásicas.--Pinturas, grabados, bustos y retratos.--El arte inspirando una vida fecunda y útil.--El retrato del escritor. . .	1 á 8
II.--Una pintura de Leigh Hunt.--La juventud del joven de Nazaret.--Equilibrio de las dos bellezas: el individuo alma y el individuo cuerpo.--El ideal que persigue este escritor.--La barata sabiduría de las encrucijadas.--El colirio sagrado de Siloé.	9 á 1
III.--Recuerdos de una tarde.--Homero evocado en la súplica de Priamo á Aquiles.--Entusiasmos y sentimientos.--Cómo vive Nin Frías la vida de la belleza.--La imitación exacta no es el fin del Arte.--La sugestión de lo bello.--Sanidad, alegría, juventud y belleza.--Sentir lo bello es amar.	14 á 18
IV.--Las exploraciones del espíritu.--Reflexiones sobre este asunto.--La tristeza de Teoclímeno y la gota serena de Milton.--Causas favorables que han contribuído á la formación intelectual de Nin Frías.--Sus viajes por Europa.--Inglaterra.--Las grandezas de la City.--El Museo Británico y las métopas del Partenón.--Su enamoramiento por la literatura y la civilización inglesas.	19 á 27
V.--Vocación de Nin Frías por la literatura seria y reflexiva.--Renán, Ruskin como guías	

predilectos.--El alma armiñal de Leonardo de Vinci.--Taine artista y religioso como su maestro más amado.--Hacia Cristo por el alma, lo bello y la ciencia.--Lo que significa ser protestante.--Como realiza el ideal de la vida superior'

28 á 33

VI.--La sinceridad en el arte y en la vida.--Por la ciencia se levantará vencedora la fé cristiana.--Cristo como dádiva de libertad para el mundo.--Cómo ama Nin Frías á su patria.--El Uruguay y los intelectuales.--Librepensadores y religiosos

34 á 39

VII.--La labor del escritor.--Opiniones de Unamuno y de Rodó.--¿Cómo lograría ser el Uruguay la Grecia Americana del Sud?--Cristo el péndulo regulador de un alma ideal y armónica.--Los libros que ha publicado.--Motivos que justifican el elogio que á sus obras dedicó.--Elevaos y elevad á los demás.--El estilo y el espíritu de los escritos de Nin Frías.--Sus caracteres esenciales

40 á 49

VIII.--Que cada hombre sea un templo en que more la Divinidad.--Ensayo sobre la muerte.--María Eugenia Vaz Ferreyra.--La primera poetisa de América.--Wagner y su música.--La Sociedad Cervantes.--El Arbol.--Sordello Andrea y el "super-hombre" del futuro.--Consideraciones á este respecto.--El arte americano está enfermo; necesidad de sanearlo.--Psiquis

50 á 57

IX.--Las cuestiones religiosas en el Uruguay.--La defensa que Rodó y Nin Frías hacen de la tradición cristiana y del ideal cristiano.--Los "estudios religiosos" de Nin Frías.--Jesús el más bello de los hombres.--El día que la juventud le ame y le comprenda será el más bello día de la vida.--Un juicio de Harnack.--Catolicismo romano y protestantismo.-- Objeciones que hago á Nin Frías acerca de esto.--El catolicismo de Roma no interpreta

los altos y esenciales intereses del cristianismo evangélico.--Algunas palabras de Unamuno.--El Cristo del Evangelio no es el Cristo del "Syllabus".--Discusión sobre este asunto.--Pío X y la enciclica en honor de Carlos Borromeo.--Consecuencias á que ha dado lugar.--La política liberal del señor Canalejas.--Se sigue á Cristo ó se sigue al Papa. . . . 58 á 68

X.--Continuación de lo anterior.--Explicación de la sinonimia de las palabras "protestantismo y cristianismo evangélico".--Lutero y la reforma.--Antes de Lutero hubo "protestantes", pero no hubo reformadores.--Las innovaciones del papismo y sus adversarios.--Los padres de la iglesia contra estas innovaciones.--Cuál fué la obra de los reformadores.--La bula del papa Pío IV.--¿Cómo ha de llamarse á los cristianos que no siguen al papa?--Palabras de Merle D'Aubigne acerca del cristianismo y la reformation.--Fin de este asunto. . . . 69 á 75

XI.--Una inquietud necesaria.--La receptividad de Nin Frías y la tendencia de su alma á modificarse incesantemente.--Algunas palabras de su "diario íntimo" y lo que ellas trasuntan.--El progreso ideal que ambiciona.--De cómo el artista se sobrepone al pensador al tratarse del catolicismo.--Su cristianismo, como artista, lo lleva á la interpretación social y psicológica.--Posible conciliación del culto de la forma con el culto cristiano.--No es necesario sacrificar en el altar del Evangelio el amor á las Gracias.--Amar al Arte y amar á Cristo; dualidad explicable.--El concepto literario de Nin Frías.--Opiniones de Unamuno y Ramón y Cajal respecto á este escritor.--"Un merle blanc" en la literatura americana. 76 á 84

Who is Who?

(Apuntes de biografía y bibliografía) 85 á 87

De Alberto Nin Frías

(Algunas páginas de sus obras) 88 á 96

De Julio Herrera y Reinig á Alberto Nin Frías. 97 á 99

Munoz Regucio, Manuel, 1883 -

Mora Frias, Alberto, 1882-1937. (unf. p.)
(unf. i.)

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

¿Qué diferencias existen entre los anglos sajones y latinos?

(Conferencia dada en el Ateneo del Uruguay)

Hacia la grandeza Nacional

(Conferencia dada en el Ateneo del Uruguay)

Leda — (Novela)

Jefté — (Poema)

Noctámbulos — (Novela)

Al Fausto Día

(Poesía laureada con la «For Natural» en el Certamen del Centenario en la ciudad de Córdoba)

Enchiridión Areopagita — (Prosa)

Débora — (Comedia en dos actos y en verso)

Poemas Cortos — (Versos)

Cadencias y gritos de un alma — (Versos)

Apuntes de crítica y otros ensayos

(Tres volúmenes)

EN PREPARACION:

Poetas y escritores americanos — (Estudio crítico)

Ensta — (Prosa)

P.
Aug.

